

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 118

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

15 Mayo 1903

ESPARTACO

«Al estudiar la esclavitud en su historia primitiva, vese *claramente* que no es una institución humana, sino un hecho *providencial*.»

Así hablaba, hace veinte años, contra la emancipación de los negros, un publicista que más tarde alcanzó brillante posición (1).

¡Providencial! De todas las injusticias cometidas por los hombres, ninguna más abominable que esta institución de violencia y de barbarie, convertida, por una filosofía depravada, en hecho necesario y fatal, determinado por la Sabiduría anónima y sagrada que algunos suponen proceder de las peripecias de la historia y de los destinos humanos.

Semejante fatalismo, engendrado por las aberraciones de la metafísica, tiene su apoyo en las autoridades más antiguas y veneradas. Causa tristeza ver cómo todas las religiones de la tierra, todas las legislaciones y todas las filosofías han legitimado, en sus principios y consecuencias, la esclavitud, grabada con letras de fuego en los libros sagrados de todos los pueblos, no como hecho transitorio, sino como sentencia inapelable de la voluntad divina, sirviendo de base á las concepciones de los más sublimes legisladores de la antigüedad. La fe, la sabiduría humana y la ley hanse unido, consagrando su humillante adhesión á este ultraje á la moral y á los derechos de la naturaleza, estableciendo como principio lo que desde el origen de las sociedades era un hecho brutal, consecuencia del bárbaro antagonismo que dividía á los hombres.

Sin embargo, la ciencia puede justificarse de su desvío á las leyes eternas de la justicia, considerando que jamás pretendió la infalibilidad y que su fecundo intelecto corrige progresivamente los errores de su exuberante juventud, á semejanza de la lanza de Aquiles, la divina *Pelias*, que curaba las heridas que causaba.

Pero esta disculpa no cabe á la religión, que, según los creyentes, es emanación de vida y de luz, y por tanto inmutable, no pudiendo progresar porque es, desde su origen, la verdad absoluta, y la verdad no cambia.

Así, pues, el problema se plantea por sí mismo de este modo: ó la inspiración divina se ha equivocado al predestinar fatalmente á la esclavitud una gran parte de la humanidad, ó todos los esfuerzos de la civilización para emancipar las razas, todos los progresos realizados en este sentido han sido otros tantos sacrilegios que esperan su castigo.

Que la razón elija, puesto que la fe es muda y nunca ha deslindado esta espantosa contradicción.

En el mundo de hierro de la antigüedad, entre las cien naciones dispersas desde las columnas de Hércules hasta las riberas de la India, desde las estepas de Scita hasta los

(1) Carnier de Cassagnac.

valles del Nilo, encontraréis, con los mismos caracteres, á pesar de la diferencia de razas, de costumbres, de religiones, de leyes, esta institución, que es como el lazo de unión de los pueblos. En Roma como en Menfis, en Cartago como en Jerusalén, en Atenas como Babilonia, por debajo de la casta más despreciada vegeta un sér sin nombre, sin alianza y sin familia, solo y mudo en medio de la muchedumbre, víctima del desprecio universal y de las más bárbaras vejaciones, para el cual no hay ley, ni patria, ni religión, ni arte, ni nada de lo que constituía la vida de los demás hombres. Y, sin embargo, era sobre este pálido fantasma, sobre esta imagen de la nada, que reposaba, como sobre base eterna, el inmenso fardo de las sociedades antiguas, que se hubiesen hundido si la esclavitud dejara de existir un solo momento.

Y esta iniquidad estaba de tal forma encarnada en las costumbres, que ninguna protesta se levantó durante siglos; ninguna duda invadió el espíritu de los hombres, ningún esfuerzo se intentó. Los filósofos, en sus aventuradas concepciones, jamás pusieron en duda la legitimidad de esta institución, á la que consideraban como base sagrada de todo orden social. El mismo cristianismo, á pesar de lo que se ha dicho, no solamente no ha cambiado la condición material de los esclavos, sino que, admitiéndolos en su comunión, ha consagrado formalmente su abyección, imponiéndoles la obediencia como un deber sagrado. Por lo demás, al aceptar el símbolo mortífero que consagra á eterna servidumbre una porción de la humanidad, era forzosamente llevado á no ver en las víctimas más que la maldita posteridad de Can. Cuanto á la influencia que ha podido ejercer sobre la emancipación progresiva llevada á cabo por los siglos, ha sido singularmente exagerada por las teorías sistemáticas de las escuelas modernas. La Iglesia jamás ha protestado contra la institución (1); pero en cambio ha sabido aprovecharse de ella, como lo atestiguan los monumentos de la historia: los prelados, los papas, todas las corporaciones religiosas han poseído en todos tiempos gran número de esclavos y de siervos. Se podrían citar numerosos ejemplos de la acerba y ávida tenacidad del clero para reivindicar, y esto hasta los tiempos modernos, sus pretendidos derechos, sobre los siervos de sus dominios. Es digno de notarse que fué bajo los auspicios del cristianismo que se estableció la esclavitud en América, en el momento en que comenzaba á desaparecer de los Estados civilizados de Europa. La historia tampoco olvidará que en los feudos eclesiásticos del siglo XVIII y en la Revolución francesa, se han encontrado las últimas víctimas de la servidumbre. Hasta última hora, á pesar de sus leyes, á pesar de los decretos de sus Parlamentos, á pesar de la opinión pública, la Iglesia no quiso emancipar sus siervos, siendo preciso, para su eterno baldón, que la Revolución se los arrancara de las manos.

Entre los romanos, pueblo exclusivamente belicoso, que á la dureza de las costumbres militares reunía la áspera avidez de las razas mercaderes, la esclavitud tenía un carácter quizá más atroz que entre los demás pueblos de la antigüedad. Su definición legal del esclavo respira el más salvaje desprecio por la humanidad: *Menos vil que nulo*. Todas las miserias humanas están contenidas en este texto feroz y desdeñoso. Varrón cuenta los esclavos entre los instrumentos oratorios; Cicerón los considera como animales de labranza; en general, eran tratados como cosas. Los señores podían aplicarles los más

(1) «Hase dicho que en 1167 el papa Alejandro III decretó en un concilio que la esclavitud era anticristiana. Después de nuestras investigaciones sobre las actas de los concilios, en la colección de Harduin, de Labbeus, en los *Anales eclesiásticos* de Baronius y en las de su crítica por el abad Fleury, etc., estamos seguros de la inexactitud de semejante aserto.» —BUCHAZ.

Téngase presente que el pensador que citamos y que hace una tal confesión, es un católico ardiente y sincero.

cruel castigo por las faltas más leves, entregarlos á las fieras del circo, atormentarlos ó lanzarlos en sus viveros para que engordaran sus murenas favoritas. Cuando un esclavo mataba á su amo, hacían morir, juntamente con el matador, á sus compañeros inocentes. Los patricios romanos y los ricos propietarios tenían, como los señores de la Edad Media, sus prisiones domésticas, el *ergastulum*, donde trabajaban desgarrados por los golpes y cargados de cadenas, aquellos que habían excitado la cólera de sus feroces poseedores. Cuando se dice, con suma ligereza, que la situación material de los antiguos esclavos era, bajo ciertos aspectos, menos dura que la de los siervos y hasta de las clases asalariadas, en el sentido de que sus señores tenían interés en alimentarlos convenientemente á fin de obtener de ellos la mayor suma de trabajo, se hace una suposición gratuita que nadie ha tenido la molestia de verificar, ó la alusión se refiere á aquellos que rodeaban á sus señores y que formaban como una aristocracia de su casta. Pero, en lo que toca al inmenso rebaño de los que eran empleados en las grandes explotaciones agrícolas ó industriales, su suerte no podía ser más miserable. En Sicilia y en Campania eran abundantes y ricas las tierras, divididas en vastas propiedades, poseídas por algunos senadores ó caballeros romanos, en las que numerosas cuadrillas de esclavos estaban dedicadas á la cultura; y estos labradores, que arrastraban la cadena, morían de hambre. Esta fué una de las causas principales de la primera guerra civil. Lo mismo ocurría en toda Italia. Diodoro nos relata que negaban la alimentación á los esclavos labradores y pastores, por lo que estos desgraciados se escapaban en bandadas, dedicándose al mero-deo. Es ridículo atribuir á aquellos viejos quírites semibárbaros los cálculos y combinaciones de los economistas ingleses. Las cadenas, las torturas, les parecían medios mucho más sencillos y, sobre todo, menos costosos para estimular la pereza de sus víctimas. Cuando la enfermedad ó la vejez, con todos sus achaques, ya no les permitía prestar nuevos servicios, cuando ya no podían venderlos, los mataban á golpes ó los exponían en las carreteras para que sirvieran de pasto á las aves de rapiña.

La guerra eterna que Roma sostenía con todos los pueblos, tenía por resultado: de un lado, la multiplicación de los esclavos en Italia por los prisioneros de guerra; de otro, el agotamiento de la población indígena. La vieja raza itálica, raza de agricultores y de soldados, donde se reclutaron durante mucho tiempo las legiones, desaparecía lentamente consumida por la doble acción de una legislación voraz y de una lucha sin fin. Esta población hizo, sobre todo, asombrosos progresos, después de la destrucción de Cartago. Los patricios, los nobles y los caballeros, no solamente se habían usurpado las tierras del dominio público, sino que absorbían, por la hipoteca y la usura, las pequeñas heredades plebeyas; y como hallaban más lucrativo el sistema del viejo Catón, y cambiar en pastos las tierras de labranza, distribuían sobre sus inmensas propiedades (*latifundia*) pastores esclavos, que sustituían á los trabajadores libres; los cuales, quedaban así reducidos á la más abyecta miseria, ó forzados á expatriarse. Se sabe cuantas existencias humanas costaba la ociosidad y comodidad de un noble ciudadano romano. Los hubo, que devoraban hasta veinte mil. La victoria no aportaba suficientes cautivos; había necesidad de comprarlos en todos los mercados del mundo. Estrabón cuenta, que en el mercado de Delos, en Cilicia, se vendían á menudo, hasta diez mil esclavos en un solo día, para el servicio de los ciudadanos de ciudad-reina.

Nada más sagrado, que esta institución: todos cuantos osaron atentar contra ella, perecieron. Los Griegos, particularmente, quisieron paralizar la despoblación de Italia, limitando las usurpaciones de los grandes propietarios, reconstituyendo la clase de cultivadores libres, por medio de distribuciones de tierras á los ciudadanos pobres (lo que trata

necesariamente la disminución progresiva de los esclavos), y dando el derecho de ciudadanía á los italianos, etc. Pero la facción de los ricos, aplastó en su principio estas grandes reformas, y los dos nobles tribunos fueron sucesivamente inmolidos en holocausto al Dios Término, el fetiche etrusco, guardián de las heredades, emblema silencioso de la prosperidad patricia.

Ya nada impidió el torrente; y en la época en que Espartaco intentó su revolución (73-71 antes de nuestra era), la agricultura en Italia estaba arruinada por veinte siglos, y la república romana componíase de un puñado de Sátrapas, reinando sobre rebaños de esclavos.

Entre éstos infortunados, los había que eran destinados á matarse entre sí en el circo, para solaz del pueblo romano. Esto gladiadores (de *gladius*, espada) combatían, ya unos contra otros, ya contra las fieras, porque los leones, las panteras y los tigres, protegidos por la ley romana en Africa y en Asia, eran traídos á aquellas fiestas de muerte, y aquellos feroces actores del desierto, eran saludados con los gritos de entusiasmo de una muchedumbre delirante, cuando se destrozaban las víctimas humanas en la arena rociada con esencia de azafrán ó con aguas de olor. En los juegos públicos, no era raro contar hasta mil parejas de gladiadores. Sabido es que después del triunfo de Trajano sobre los Dacios, sucumbieron unos diez mil gladiadores, en juegos que duraron ciento veintitrés días.

Cuando sólo combatían unos contra otros, los reunían, á su entrada en el circo, de dos en dos, según su talla, su fuerza y su agilidad, y comenzaba el combate. Tan pronto como uno de los combatientes era herido y bajaba sus armas en señal de derrota, el vencedor interrogaba con la vista á los espectadores; si éstos determinaban perdonar al vencido, levantaban la mano con el pulgar doblado; en caso contrario, levantaban la mano cerrada con el dedo tendido, y entonces el desgraciado era degollado. Muertos y moribundos eran en seguida arrastrados con los garfios fuera de la arena ensangrentada y amontonados en el *spoliarum*, donde remataban los que aún respiraban y que no era posible curar para entrar en nuevos combates.

Esta feroz diversión estuvo en uso durante más de seis siglos. Los romanos la establecieron en todos los países de su dominio, y aún hoy se encuentran vestigios de tafia barbarie en las corridas de toros.

Los gladiadores no combatían sólo en el circo: los festines, las exequias y las fiestas particulares tenían por complemento obligado estas escenas de carnicería, que hacían las delicias de todas las clases de la sociedad. Jamás pueblo alguno sintió tan horrible deleite en ver correr la sangre humana. La mayoría de los personajes notables mantenían á gran número de esclavos destinados á la muerte, y los profesores de esgrima, los *lanistas*, los ejercitaban en todas clases de combates para luego venderlos ó alquilarlos.

El año 73 antes de nuestra era, doscientos de estos desgraciados, encerrados en una escuela de esta naturaleza, en Capua, en su mayoría galos, tracios y germanos, formaron un *complot* á fin de evadirse é ir á la conquista de su libertad armas en mano. La ocasión parecía favorable; los mejores generales de la república estaban ocupados fuera de Italia con sus legiones: Metelio y Pompeyo combatían á Sertorio en España; Lúculo combatía á Mitridates en Asia.

Descubierta la conjuración por un traidor, lograron escaparse á la venganza de su amo unos setenta y ocho de los conjuros más resueltos, armándose, al huir, de cuchillos y machetes olvidados en las cocinas. Ya fuera de Capua se encontraron con varias carretas cargadas de armas de gladiadores; las cogieron, aumentaron su gente con algunas

cuadrillas de fugitivos, y, apoderándose, por fin, de un sitio bien fortificado situado sobre una montaña (Freisheimius, *Suplm. de Tito-Livio*), conjeturarse que esta montaña era el Vesubio). Después de haber destruido algunas tropas enviadas contra ellos desde Cápua, lo que les permitió equiparse militarmente, se organizaron con cierta regularidad. Sin duda que antes de entablar contra el poder romano una lucha insensata, este puñado de esclavos hubo de vacilar largo tiempo y examinar todas las posibilidades. Después de borrascosas deliberaciones en las rocas del Vesubio, frente al mar Tirreno, eligieron tres jefes: el primero de los cuales fué Espartaco, que debía dar su nombre á esta guerra y legar á las razas oprimidas un gran ejemplo y un heroico recuerdo. Tracio de nacionalidad, pero hijo de numidas, reunía, al ardor de su sangre africana, la fiebre de independencia y al alma belicosa de las razas bárbaras, el genio de un capitán y una suavidad de carácter desconocida en las costumbres de aquellos tiempos. Había servido, durante algún tiempo, como auxiliar de las legiones romanas; pero, demasiado altivo para aceptar una servidumbre disfrazada con el nombre de alianza, había desertado á la cabeza del núcleo de sus valientes compañeros, siendo después capturado y vendido como esclavo. Su valor y su fuerza habian hecho que le reservaran para el empleo de gladiador. Su mujer, que lo había acompañado en sus expediciones, participaba de su esclavitud y de su huida. Al igual que las valientes compañeras de los guerreros del Norte, ejercía la profesión de leer el porvenir, habiéndole, según dicen, predicho su grandeza trágica.

La historia nada más sabe respecto á su pasado. De toda su vida tan sólo se conocen algunos de los hechos que lo han ilustrado. Un solo momento ha figurado en los anales humanos para enriquecer con su nombre la pléyade de héroes misteriosos que de tiempos en tiempos se levantan para protestar contra la injusticia y morir. Aislados de todo, sin antepasados ni posteridad, aparecen de repente en el primer término de la historia para sumirse al día siguiente en los suplicios y en los combates. No se les vislumbra más que un momento al reflejo del arma que han empuñado en pro de una causa que no verán triunfar, pero que les levantará altares.

El pretor Claudio, enviado desde Roma, pronto atacó la roca tras la cual estaban parapetados los rebeldes. Una sola vía le estaba abierta: era un sitio en que el terreno, cortado en forma de pico, formaba un precipicio que fascinaba la vista y causaba el vértigo á los más audaces. Espartaco hizo cortar todos los sarmientos de las vifias silvestres que cubrían las rocas, formó con ellos largas escalas, y, llegada la noche, hizo descender los soldados uno á uno, y en medio del mayor silencio, mientras el viento de la noche los columpiaba por encima de aquellos abismos. Envolviendo en seguida y con rapidez el campamento del pretor, precipitó su tropa sobre los romanos sorprendidos, aplastándoles antes de darles el tiempo de rehacerse, y haciéndose dueño de armas y bagajes.

Esta primera victoria de una partida despreciada, fué decisiva. Apenas se supo que las armas del esclavo habian destrozado el terrible *pilum*(1) de los legionarios, una muchedumbre de pastores fugitivos, vino alistarse en las huestes del atrevido jefe, pudiendo en poco tiempo, reunir unos diez mil hombres. Pero, aunque él los dominaba por la superioridad de su carácter, no ejercía sino una endeble autoridad sobre aquel ejército tumultuoso, compuesto de hombres de todas las naciones, demasiado ulcerados por la servidumbre, para que comprendieran todo el valor de la unidad en tan graves conjeturas, por lo que se dejaban á menudo arrastrar á expediciones parciales por sus jefes particu-

(1) Especie de dardo ó lanza arrojadiza.

lares. El botín y la venganza parece, que también les preocupaba más que los resultados grandiosos prometidos por la victoria, siendo preciso dejarlos destruir varias ciudades de la perezosa y opulenta Campania. Sin embargo, Espartaco pudo lanzarse á las montañas de Lucania, terreno favorable á un ejército que carecía de organización y de disciplina, venciendo sucesivamente á los dos capitanes del pretor Varinio, y, poco después, al propio pretor, quien, en un combate desastroso perdió tropas, bagajes, su caballo y hasta los haces pretorianos. Tampoco esta vez pudo impedir á sus soldados el saqueo de varias ciudades de Lucania, á pesar de hacerles ver que, con semejante conducta, sólo conseguían arrojar al partido romano los pueblos cansados del yugo, y que quizá hubiesen apoyado la rebelión.

El éxito atrae la muchedumbre. Las asombrosas victorias de Espartaco, sus proclamas á todos los oprimidos de Italia, engrosaron en poco tiempo su ejército, hasta el número de setenta mil hombres. Fijó su cuartel general en Turium, ocupóse durante el invierno de la organización militar y política de sus huestes irregulares, y promulgó leyes y estatutos, que fueron adoptados por todos los fugitivos galos, etruscos y latinos que entraban en esta liga sagrada. Según se ve por un fragmento de Salustio, la ley lucaniana llegó á ser común á todas las agrupaciones de esclavos fugitivos, que este grande movimiento había determinado, aún del otro lado del Pó. Prohibió en su campo el oro y la plata, acogió á todos los mercaderes que traían hierro, compró caballos, mandó forjar armas, desplegó, en fin, la actividad de un capitán y la inteligencia organizadora de un hombre de acción.

El Senado romano, que en un principio había afectado por esta rebelión, el desprecio altivo que los barones de la Edad Media mostraron más tarde por las sublevaciones de los siervos de la gleba y de los burgueses comunales, comenzó, sin embargo, á inquietarse seriamente, y envió contra Espartaco dos cónsules á la vez, como en los grandes peligros públicos.

En este momento, manifestóse de nuevo en el ejército de esclavos, ese miserable espíritu de división, que debía serle tan fatal; los galos y germanos, quisieron formar un cuerpo aparte, y se hicieron batir por los cónsules. Los que escaparon, tuvieron la felicidad de hallar á Espartaco, que los acogió y salvó. Cuanto á éste último, ya sea porque estas discordias le hicieran renunciar á sus vastos planes de destrucción del poder romano á favor de los esclavos, ya porque su único objeto, como dice Plutarco, fuera el de conducir sus compañeros hacia la tierra natal de la libertad, lo cierto es, que él abandonó la Lucania y ejecutó aquella marcha asombrosa á través de Italia erizada de soldados, y, dirigiéndose por los Apeninos hacia el Norte, destruyó á su paso los dos ejércitos consulares, otros dos pretorianos, llegando, por fin, siempre combatiendo y siempre victorioso, á orillas del Pó, cuyas aguas desbordadas le cortaron el paso.

Después de haber intentado, pero en vano, sublevar las ciudades cisalpinas, que odiaban el yugo romano, pero que se hubieran avergonzado de aliarse con los esclavos, vióse obligado á ceder á la embriaguez de sus soldados que quisieron marchar á Roma. El Senado, sobrecoigido, envió á Craso con treinta y cinco mil hombres de viejas tropas, á las que se unieron los restos de todos los ejércitos derrotados. No obstante, el general romano limitóse á cubrir el Lacio, no osando arriesgar una batalla contra el terrible gladiador y contentándose con hacerle hostigar miserablemente por sus tenientes, invariablemente vencidos cada vez que tenían la temeridad de librar un combate. Obligado, así, á retroceder hacia las regiones meridionales, Espartaco formó el proyecto de lanzar algunos miles de hombres contra Sicilia, á fin de volver á encender el fuego mal extin-

guido de la segunda guerra servil. Los piratas sicilianos comprometieronse a transportarlos, recibieron de él anticipos considerables, los embarcaron dejándolos en la ribera. Entonces construyó barcos, pero la tempestad los destruyó. Sin embargo, en medio de la ruina de todos sus proyectos y de las divisiones de su ejército, aquel hombre admirable conservaba la audacia de sus resoluciones y la llama de su indomable energía. Y era tal el terror que aún inspiraba, que Craso intentó encerrarlo en el istmo de Reggio por medio de un foso y una trinchera de quince leguas de longitud. El jefe de los esclavos mostró el más profundo desprecio, tanto á este trabajo colosal, como á enemigos que no osaban atacarle de frente; luego, cuando los víveres comenzaron á faltarle, derribó una parte de la muralla durante una noche tempestuosa, forzó la línea de los romanos y peleó libremente en Lucania, donde exterminó una vez más las tropas de dos tenientes de Craso, que intentaron impedir su retirada. Este último escribió al Senado pidiendo que le enviaran á Pompeyo á fin de que lo secundara, que á la sazón regresaba de España, y Lúculo, que volvía del Asia. Pero pronto se arrepentió de su determinación, buscando ocasiones de concluir con la guerra, con la mira ambiciosa de que sólo á él cupieran los honores de la victoria. Y esta ocasión le fué facilitada por sus propios enemigos, que cada vez eran más débiles á causa de sus eternas discordias. Un cuerpo considerable de galos habíase separado del total del ejército y andaba errante, con la apatía y serenidad propias de esta raza. El general romano no tardó en atacarlos con fuerzas superiores, exterminando unos doce mil. Por lo demás, aquellos indisciplinables galos combatieron con un heroísmo que casi justificaba su presuntuosa audacia: supieron morir en su puesto, y entre los cadáveres sólo dos aparecieron heridos en las espaldas.

Pero, amenazado Espartaco de ser cogido entre tres ejércitos, dirigióse hacia Brindis, donde pensaba embarcarse para Sicilia, cuando sus soldados, engreídos por algunas victorias recientes, le obligaron á cambiar por completo de resolución, haciéndole volver atrás y marchar contra los romanos. Esto convenía á Craso, que acababa de saber que Pompeyo se acercaba, tanto más presuroso de acabar con la guerra, cuanto que el ejército debilitado del enemigo le auguraba una victoria segura. El encuentro tuvo lugar á orillas del Silaro. Forzado á librar un combate que de ningún modo estaba en sus planes, Espartaco dudó, quizá, en el último momento, de una causa que había servido con un genio y una grandeza de que la historia no nos ofrece un segundo ejemplo; aquella gran alma herida entrevió quizá con amargo desaliento que sus compañeros de esclavitud no poseían las fuertes cualidades necesarias para la conquista de su libertad. Sintió, cuando menos, que todo dependería de aquella batalla, y preparóse á darla con un heroísmo grandioso y desesperado. En el momento de dar la señal de combate, mató á su caballo, profiriendo estas varoniles palabras, las únicas que la historia nos ha transmitido: «Si venzo, hallaré muchos entre los romanos; si soy vencido, no quiero huír»

Embistió con los suyos contra las legiones romanas atacándolos con vigor, y, ya con el cuerpo acribillado de heridas, aún combatió de rodillas durante mucho tiempo, hasta quedar sepultado bajo los cadáveres de los enemigos á quienes había derribado. Cuarenta mil esclavos perecieron con el sublime vencido en esta inmortal derrota que remachó por tantos siglos las cadenas de las razas oprimidas. Algunos millares de fugitivos fueron destruidos por Pompeyo, el hombre de las victorias fáciles, al que cupo el honor odioso de haber exterminado los últimos gérmenes de la rebelión (71 años antes de nuestra era).

Así terminó aquella guerra que hizo temblar á Roma en el apogeo de su grandeza militar, llenándola de confusión; así pereció el más grande, quizá, de todos cuantos han empujado la espada por la verdadera causa de la justicia y de la igualdad.

La esclavitud ha desaparecido, en parte, del código de las naciones civilizadas; los siglos han pulverizado las osamentas de los opresores y de las víctimas, y aquel polvo desde hace mucho mezclado, ha sido amasado por las pisadas indiferentes de las generaciones liberas; pero el recuerdo del noble esclavo de Capua ha quedado como tradición heroica en el ánimo de los luchadores de todos los siglos; ha quedado, en honor de la conciencia humana, para recordar combates inmortales, sufrimientos que nunca han sido vengados, y cuya amarga evocación más de una vez ha fortalecido el corazón de cuantos han humedecido con su sangre la bandera de las causas vencidas, enseñando á los hombres á despreciar los triunfos de la iniquidad.

LOUIS COMBES

(Traducido de *Les Amis du Peuple*, periódico que se publicaba en 1858.)



ANARQUISMO

Crítica de la sociedad presente

El exterminio por la vida.

Esta repugnante lucha social es la caricatura de la lucha por la existencia de Darwin y no su complemento, como algunos pretenden, capciosamente.

En los animales, el triunfo del más fuerte ó del mejor dispuesto para perpetuar la vida, resulta de la contienda que sostienen todas las especies contra la naturaleza y unas especies contra otras. En la sociedad humana no ocurre tal cosa; en la sociedad humana la lucha se establece de hombre á hombre, y el que tiene más astucia para matar y herir, aquel triunfa.

Educa, lector, tus hijos, si tienes varios, unos dentro de la moral más perfecta y de las ideas más justas y los demás ejercítalos en la astucia, la hipocresía y la traición en que para vivir exige la sociedad presente; haz que los primeros estén sanos, que reúnan condiciones para adaptarse al medio ambiente natural, y no te preocupes de la salud física de los segundos. Ya verás cómo en la lucha por la vida á que los someterá la actual sociedad, en la lucha de adaptación social triunfarán los astutos, hipócritas y traidores, y en la lucha por el adaptamiento á la naturaleza y para la perpetuación de la especie, triunfarán los más sanos y los mejores. Aquellos quizás no tengan hijos, y si los tienen los tendrán enclenques, quizá mueran jóvenes, pero económicamente, socialmente prosperarán más que los otros. Esto demuestra que una es la lucha por la existencia de que nos habló Darwin, y otra es la lucha por los medios de vida á que nos obliga la sociedad.

Yerran, pues, los que, juzgando al hombre tal cual se manifiesta hoy, lo creen incapaz para el ejercicio de la anarquía y los que pretenden dignificarlo antes en esta sociedad que niega elementos de vida á los individuos de superiores cualidades morales.

En la actualidad tenemos establecida, no la lucha por la vida, sino el exterminio por una vida que asegura de antemano la naturaleza, pero que la sociedad convierte en problema de orden puramente social.

Justicia de la anarquía

El amor libre.

El eminente psicólogo francés Ch. Ribot, dice que la mayoría de los hombres superiores son hijos de amores ilegítimos, y en apoyo de su tesis cita unos cuantos nombres. Naturalmente, el director de *Revista Filosófica*, de París, no habla más que de hechos probados, y los genios que nos exhibe en concepto de ejemplos son públicamente reconocidos como el fruto de amores furtivos. Pero, ¿qué sabemos de los hombres de genio que, al parecer, nacieron de una unión legal? Nada, y, sin embargo, pueden también tener por padre un amante y no un marido.

El hecho, por sí solo, da una gran fuerza al amor libre y lo atesora á los ojos de la naturaleza, del talento y de la hermosura, porque Ch. Ribot, no sólo dice que el fruto de un amor ilegítimo es más genial que el de una unión legítima, sino que afirma que es más hermoso. La consecuencia es clara: con el amor libre el fruto de la unión de dos cuerpos sería más inteligente y más bello. ¿Por qué? Porque sería el verdadero fruto del amor; lo que no sucede actualmente, que la mayoría de los matrimonios tienen por móvil el interés, y las pocas personas que se casan por amor lo pierden á los dos ó más años de vivir constantemente y *por fuerza* en compañía de otra persona. Luego el matrimonio, el lazo indisoluble de los esposos ejerce una acción deprimente en el carácter, en la inteligencia y en la belleza de la humanidad. Si de este hecho, positivo, científico, deducimos los efectos que nos sugiere aquella parte de la psicología fisiológica que nos dice que el hombre es tanto más bueno moralmente cuanto más sano está físicamente y cuanto más perfecto es orgánicamente, tendremos que la sociedad actual, con su régimen económico, con su moral religiosa, con su libertad condicional, no sólo impide que el hombre sea bueno con los medios de lucha que impone, sino que es un obstáculo para que las personas, hereditariamente, naturalmente, reúnan condiciones de inteligencia, de bondad y de belleza.

Desde este momento las pasiones, los vicios, las enfermedades y los defectos hereditarios que se presentan como un obstáculo insuperable al establecimiento de la sociedad anárquica, dejan de reunir fuerza bastante para que sean tenidos en cuenta. Las leyes de la herencia, si existen para el mal, para sembrar la fealdad y la idiotez, es preciso que existan también para el bien, para hacer al hombre genial y hermoso por medio del amor que lo engendra. Establezcamos, pues, este amor, quite mos la esclavitud del matrimonio, impidamos que dos cuerpos engendren sin quererse, sólo por el cumplimiento de una función mecánica, de un deber impuesto que produce monstruosidades, fealdades, y por la herencia misma, por esta herencia que ahora es una dificultad á la anarquía, podremos establecerla sin reparo.

Inútil es hacer la crítica del matrimonio presente; al alcance de todo el mundo está que no responde á ningún fin elevado, á ninguna idea generosa, á ningún ideal superior. Unos se casan para adquirir criada, otras para tener amparo; éstos para pescar buena dote, aquéllas porque su familia se lo exige. Y así vemos hombres feos ricos casados con mujeres hermosas pobres, y viejos achacosos unidos con jovencuclas. ¿Dónde está el amor, dónde está aquel amor puro, grande, santo, pasional, arrebatador á quien el sabio francés, tomando la estadística por testimonio, atribuye la producción del genio y de la belleza? Está en los amores furtivos, en los amores ilegítimos, en los amores que podría

mos llamar libres; en los otros no hallaréis más que disputas, que fastidio, que disgustos, que cansancio y martirio. Este es el ambiente que los hijos engendrados sin amor respiran en el seno de la familia dentro de la sociedad presente. ¡Buena semilla moral para la procreación de los hombres futuros!

El gobierno es el desorden.

Pero, ¿por qué es menester la autoridad, el Gobierno, el Estado? Nadie lo sabe. Se acepta el principio como la religión impuesta por la fe.

¿Creen los partidarios del poder que la misión de todo Gobierno es ayudar al hombre honrado y velar por su seguridad? Se engañan como bobos. El hombre honrado ha de guardarse de la autoridad como de la peste. ¿Defienden al Gobierno porque le estiman necesario, sinceramente?

Que piense el lector en la ayuda que del Estado le ha venido.

Muy pocos individuos habrá que se vean justamente favorecidos por el Estado; al contrario, el Gobierno protege á los peores, postergando méritos positivos.

Si el Estado se mete en la enseñanza, es para coartarla y para nombrar catedráticos de su hornada. Lo mismo podríamos decir hablando de la magistratura. La independencia de la justicia es otra mentira convencional. La justicia es de partido; no ya de clase. El Ministerio asume todos los poderes y los inclina donde quiere. ¿De qué sirve, pues, el Gobierno? No sirve más que para manifestar su influencia, en bien ó en mal de la equidad, que esto es lo de menos, según lo reclame un tunante ó una persona de bien. Un juez es un servidor del gobernador ó del presidente de la Audiencia; y estos señores son funcionarios del Estado; aprietan ó suavizan la pena, la persecución ó la benevolencia, según las órdenes que reciben del ministro. (1) No hay justicia, no hay autoridad independiente. Y desde el momento que el espíritu de bandería es lo que lo mueve todo en las esferas de la autoridad, alta y baja, no busquéis en ella consuelo ni amparo alguno.

¿Es por eso malo el hombre? No; como no tiene la vida asegurada se pone al servicio de quien más y mejor se la asegure. Los hombres que representan la autoridad no son una excepción en esta regla.

Las mismas leyes económicas que, aparentemente, hacen necesario el Poder para evitar el crimen, para impedir el robo, que no evitan ni impiden, á pesar de todo, hacen que el poder no pueda llenar la misión que le esta encomendada. El hombre roba ó mata para asegurarse una existencia que la sociedad le niega, y la autoridad sucumbe á las exigencias del Poder por la misma ley social á que el otro mata ó roba.

La práctica, el hecho, habla más elocuentemente que mi tosca pluma.

El que haya tenido relaciones con la autoridad, de cualquier clase que ella haya sido, puede haber visto que es cierto cuanto queda expresado.

(1) Entrego estas cuartillas á la imprenta al día siguiente de haber publicado la *Gaceta la Circular* del señor fiscal del Tribunal Supremo, declarando punible el grito de ¡viva la república!, dado en tales y cuales circunstancias.

Hablando de esta circular, dice *El Imparcial* del 6 de Mayo:

«Ponemos fuera de todo debate al fiscal del Supremo: merecemos su persona la consideración más afectuosa; pero el señor Bugallal, representante del gobierno en el más alto Tribunal del reino y hombre de partido que en caso alguno puede excusar sumisiones de inspiración ó trámites de consultá para ciertos actos de general trascendencia, no está precisamente, «contenido» en su Circular; documentos tales como el que suscribe el Sr. Bugallal, suponen siempre una iniciativa y una responsabilidad superiores; y así, sin el menor desvío para una función y un hombre público respetable, ponemos aquella Circular de modo exclusivo entre los mayores desaciertos y las más graves provocaciones del gobierno.»

Como se ve, á vuelta de mil autofinismos, se dice al señor fiscal del Tribunal Supremo que representa un criterio de partido con su Circular condenando los vivas á la república.

En bien de la nación, de la colectividad, ¿qué ha hecho el Poder? ¿Qué maravilla ha inventado? ¿El pararrayos, la gravedad, la microbiología, la vida celular, la circulación de la sangre, la electricidad, el vapor, la multiplicidad de los mundos, la brújula, el sistema solar, el peso del aire?... No por cierto. Al ser aquello descubierto, ¿ayudó poco ni mucho a los inventores? Al contrario, el inventor tuvo que pagar al Estado una contribución crecidísima, si quiso continuar sus trabajos.

Las obras del Poder, del Gobierno, del Estado, que con todos esos nombres quiere atrincherarse por nuestro mal, pueden contarse.

Hizo del rayo una manifestación de la ira de Dios; de la Tierra, un mundo único; de la esfera terráquea una superficie plana, y después paró el sol cuando éste daba vueltas alrededor de la tierra.

FEDERICO URALES

UNA VICTIMA DE NIETZSCHE

(Historia de Sergio Pietrovitch.)

(CONCLUSIÓN)

V

Una vez comprendido que no se podrá vencer, queda el morir; Sergio Petrovich resolvió morir y la muerte se le presentó como una victoria.

Este pensamiento de la muerte no le era nuevo. Ella le había solicitado ya anteriormente, como sucede a todo hombre cuyo camino se llena de obstáculos; pero inactiva y lejana como su sueño del millón. Se presentó esta vez, no ya con el carácter de vaga veleidad é incierta, sino con el de una imprescindible necesidad, de una conclusión inevitable, de un hecho, de una solución. La salida, que ella condujese á lo desconocido, á las tinieblas, esto importaba poco... Confusamente él suponía alguna existencia ulterior; pero sin temerla: con él no arrastraba sino el «yo» libre, independiente del espíritu débil y del corazón atónico, presa de la tierra, con la que ésta bien podría engendrar un nuevo corazón y un nuevo espíritu. En cuanto arraigó la tranquila resolución de morir, saboreó por primera vez en su vida una alegría grave y digna, la del esclavo que acaba de romper sus cadenas.

«No soy, pues, un cobarde.» Fué la primera alabanza de él á sí mismo; la aceptó con orgullo, sin vanidad. El pensamiento de la muerte hubiera debido, á lo que parece, simplificar todos los cuidados de la vida material y de un cuerpo, en adelante nada atendible. Ocurrió lo contrario; Sergio Petrovitch volvió á ser el hombre puntual y metódico de antes. Se asombró de haber podido tolerar tal desorden en su cuarto, arregló todo sobre la mesa, puso los libros en orden, y en el mismo orden que en el pasado. En la tabla superior su tesis para el concurso (fué remitida más adelante á Novikov), y completamente aparte *Ast hablaba Zarathustra*. No habia vuelto á abrir la obra maestra de Nietzsche, y según toda evidencia, ni siquiera había acabado su lectura, porque sus notas con lápiz, en las márgenes, se detenían á la mitad de la tercera parte. Tal vez temía

encontrar allí algo nuevo é inesperado, propio para trastornar aquella labor penosa que le dejaba la impresión de un sueño espantoso y luminoso.

Se dirigió al baño. Con delicia nadó en la piscina; después, habiendo encontrado allí á un compañero, entró con él en la «Cervecería alemana», en donde se tomó una botella de cerveza. De vuelta á su cuarto, limpio, fresco, una vez puesta una camisa blanca, saboreó largamente una gelatina de frambuesas, rociada con té. Pidió entonces una aguja á su propietaria y repasó su chaqueta, la cual, estrecha y usada, crujía sin cesar bajo los sobacos. Sus dedos gruesos y cortos atrapaban con dificultad la delgada aguja, que se escapaba en el paño demasiado viejo.

Varios días fueron consagrados á la elaboración del cianuro de potasio, y una vez la bebida á punto, Sergio contempló con satisfacción el frasquito, pensando, no en la muerte que contenta, sino en la perfección de su preparación, obtenida en tan poco tiempo. La patrona, una mujercita negruzca, que fué una entretenida en sus tiempos, ólfateaba algo anormal; subió á visitarle: satisfecha de comprobar que parecía volvía á tomar el curso de su vida laboriosa, le felicitó, charló largamente de los funestos efectos de la soledad sobre los jóvenes, lo que la llevó á referir la historia de uno de sus conocidos, un empleado de policía, el cual ganaba su vida con holgura; pero al cual sus negras ideas le habían conducido á la bebida, de suerte que finalmente había caído en la última degradación, y en la actualidad estaba instalado, como memorialista público, en el mercado de Khitrovka, en donde por un vaso de aguardiente redacta las cartas y peticiones... Y esta historia debía poco después narrarla á todos los compañeros de Pietrovitch, añadiendo que ella había observado instantáneamente una chocante semejanza entre el policía y el estudiante.

—Baje usted, pues, de cuando en cuando, á sus habitaciones á tomar el té, concluyó diciendo, sin ningún otro pensamiento por lo demás. Haría usted bien, asimismo, en visitar á sus amigos, porque, en fin, ¿qué significa eso de que no vaya usted nunca á casa de nadie y que nadie venga á la suya?

Sergio siguió el consejo y pasó á ver á cuantos conocía; pero sin detenerse con ninguno. Más adelante, los estudiantes afirmaron que la locura se mostraba ya visiblemente, y se asombraron de no haber tenido cuidado. Sergio, de ordinario silencioso y tímido, hasta entré los suyos, se había hecho locuaz, comunicativo y alegre; reía, tomaba parte, gustoso, en todas las futilidades, alimento acostumbrado de las conversaciones; hasta hablaba de Novikov en tono de igualdad, y le declaraba superficial. Llegó hasta cantar, afirmó un estudiante jovencillo, con una exageración tan manifiesta, que todos le contradijeron. Pero, en suma, hubo unanimidad sobre lo insólito de sus maneras, y si en el momento nadie se inquietó por ello, fué porque nadie prestaba nunca atención á Sergio Pietrovitch. A este propósito, algunos que más adelante censuraron semejante indiferencia, suscitaron la pregunta: ¿Se podía salvarle en aquella crisis suprema de su vida? Decían que sí; no por el ascendiente de alguna voluntad extraña y dominadora, sino merced á la influencia tierna de un ser querido, su madre, ó una mujer que, cobrándole afección, le sacase de la hipnosis mortal que tenía á su espíritu bajo el imperio de la idea fija. Ningún razonamiento podía tocarle, una ternura le hubiese salvado. Un grito del corazón de su madre, la vista sola de aquel rostro querido del que cada arruga le era familiar desde la infancia, y aquellas lágrimas que conmovían hasta á un hombre de hierro; sí, todo esto era capaz de traer de nuevo su conciencia á la realidad. Honrado y dulce, no hubiera aceptado el introducir la muerte en aquel corazón maternal, sino que hubiese concedido el vivir, á lo menos, por aquéllos que le querían; muchas veces

naturalezas débiles se vieron de esta manera apartadas del suicidio, y definitivamente se afirmaron en el pensamiento de que vivir requiere más valor que morir. ¡Y cuántos después lamentan todavía la brevedad de la vida!

Y los estudiantes se acusaban: un simple telegrama de diez palabras á la madre, y Sergio vivía. Otros, epilogando desde el punto de vista social, deploraron con energía la falta de unión, de fraternidad, de tal manera, que en poco tiempo se fundaron círculos de estudios, en los que se discutían las cuestiones sociales...

Sergio decidió darse la muerte el viernes 11 de Diciembre, fecha en que la mayor parte de los estudiantes marchaba de vacaciones. Por la mañana puso en el correo una voluminosa carta recomendada para Smolensk, dirigida á Novikov, y guardó el recibo en su cartera. Toda aquella carta, en la que anunciaba su resolución desarrollando los motivos, parecía escrita con ocasión, no de sí mismo, sino de un extraño y de un indiferente. Después pasó al refectorio de los estudiantes, en donde permaneció largo tiempo sentado á la mesa, conversando con los que conocía. En seguida subió á su cuarto y durmió mucho y profundamente. Eran ya las diez pasadas cuando se despertó y se hizo traer el té; los vecinos oyeron entonces de nuevo sus pasos martillar el piso: uno, dos, tres, hacia adelante; uno, dos, tres, al volverse. Cuando, ya la noche muy avanzada, la criada, medio dormida, volvió á subir para recoger la tetera y la vajilla, Sergio le habló mucho como para retenerla; estaba muy pálido, ella lo certificó después...

Sin embargo, á diferencia de los días precedentes, no pensaba en modo alguno en la muerte, hasta estaba tranquilo y alegre. La noción del acto que iba á realizar no le volvió hasta una ó dos horas antes de absorber el veneno. Las ideas le llegaron lejanas, imprecisas, incoherentes. La primera imagen fué la de la propietaria que encontrará mañana el cadáver y se asustará; después el aspecto de ese cadáver. En este momento su pensamiento se desvió y se escapó hacia los recuerdos de su infancia, precisamente la muerte de su tío, que ocurrió en casa de los padres de Sergio; éste, de edad entonces de siete años, y al que llamaban Sierigo (1), fué llevado á casa de unos vecinos. Al atravesar la antesala, echó una mirada á la gran sala y entrevió la mesa en donde comía la familia, y sobre aquella mesa dos plantas de pies con calzado completamente blanco. Esto duró un segundo; pero fué bastante para toda su vida, y, en aquel momento todavía, no podía representarse la muerte sino bajo el aspecto de aquellos pies rígidos vestidos de blanco... En seguida se acordó de un entierro aún reciente, indigente y extraño. Extraño, porque nadie en las calles parecía verle pasar, nadie se descubría. Cuatro mandaderos llevaban sobre unas angarillas el féretro cubierto con algo indefinido y sombrío, y los cuatro mandaderos, marchando al mismo paso, andaban de tal manera, que el féretro se balanceaba á compás como si hubiese descendido flotando por la corriente de un río y el viento levantase un faldón del paño. Y detrás del féretro no se veía ni sacerdote, ni pariente, nadie.

Cuando el pensamiento de Sergio volvió en sí mismo, se hizo de repente agudo y como luciente, semejante á un cuchillo recién afilado. Durante un minuto osciló, indeciso; solicitado á la vez por el silencio de la noche, la tetera apagada, el tic-tac del reloj sobre la mesa, y después, habiendo, sin duda, encontrado lo que buscaba, desarrolló el cuadro del entierro de Sergio Pietrovitch, hasta tal punto minucioso, preciso, exacto, real y terrorífico, que se estremeció y sus manos se helaron; el antro negro y abrupto de la fosa, un féretro estrecho y anguloso, los botones verdosos de su uniforme y los progresos.

(1) Diminutivo afectuoso.

de la descomposición del cuerpo, le parecía que no fuese Sergio quien lo evocaba, sino que una mano gigantesca detallase, hojearse como un libro ese irreproducible pasaje de la vida a la muerte.

Sergio se despertó de su visión; quiso gritar de terror, miró el frasquito y se puso á recluir, como si alguien se aprestase á vaciárselo por fuerza en la boca. Tenía miedo de sí mismo; de la espantosa traición de sus brazos y de sus piernas; mientras reculaba, todo su cuerpo, todo su sér se estremecía y quería lanzarse hacia el frasco; sus pies, sus manos, su boca, hasta sus huesos y sus venas se llenaban del apetito loco, frenético, irresistible, de arrojarse impetuosamente, de coger, de vaciar el frasco con delicia, con avidez.

—¡No quiero! ¡No quiero!—murmuraba Sergio Pietrovitch, alzando sus manos y defendiéndose contra sí mismo y retrocediendo siempre; pero á la vez le parecía que se acercaba y que el frasco crecía á la vista. Al fin la puerta le cerró el camino, dejó de mirar, lanzó un grito, dió un paso adelante. En aquel momento fué cuando entró la criada, y, habiendo recogido lentamente la vajilla que distinguían mal sus ojos soñolientos, preguntó al marcharse:—¿A qué hora hay que despertar á usted?

Sergio la retuvo, le habló, y no entendía ni las preguntas ni las respuestas de la doméstica. Solamente una vez su cerebro se vió todo entero obstruido por esta frase: «¿A qué hora hay que despertar á usted?» Resonó, repercutió, volvió á empezar, obstinadamente, hasta concluir por no representar más que una serie de sonoridades desprovistas de sentido. Después él comprendió. Como todo el mundo, se desnudará, se meterá en la cama y al día siguiente le despertarán, y comenzará un nuevo día, obligatorio, y Sergio Pietrovitch continuará siendo un sér viviente como todo el mundo, porque no quiere morir, porque no morirá, porque nadie podría obligarle á absorber el contenido del frasco.

Siempre poseído de un temblor, cogió el frasco, le descorchó, aspiró el olor de almendras amargas, le volvió á poner el tapón, y, lentamente, con mano que no dejaba de temblar, le escondió en el estante, detrás de los libros. Pues bien, lo había tenido en sus manos y vivía aún, ya no temía ni al frasco ni á sí mismo.

Una vez acostado se encontró salvado, y su cuerpo, calentado por las mantas, se congratuló hasta en sus menores rincones. Estiraba las piernas, sus manos que estuvieron á punto de cometer el crimen, y le pareció que algo sordamente en él cantaba, como si su sangre se regocijase por no haberse convertido en un amasijo viscoso é infecto, y por continuar saltando, alegre y roja, á través de los vasos espaciosos. La alegría desbordada de su corazón, que entonaba el himno triunfal de la vida.

¡Vivir, vivir! pensaba Sergio encogiendo y estirando sus dedos dóciles y ligeros. Que permanezca desgraciado, perseguido, despreciado de todos y burlado, el más bajo en la escala humana, un cero, un nada; barro que se sacude de los zapatos, pero vivirá, ¡vivirá! Verá el sol, respirará, podrá encoger y estirar sus dedos, vivirá, ¡vivirá! ¡La vida! ¡Es una felicidad tal! ¡Una tal riqueza! Y nadie se la arrebatará, y se prolongará mucho tiempo, mucho tiempo, ¡siempre! Un número indefinido de días alumbrarán la aurora, y, durante todos esos días, ¡vivirá! Y he aquí que por primera vez desde varios días, la imagen de su padre y de su madre le visitó, y muy conmovido besaba con el pensamiento las viejas arrugas que estuvo á punto de llenar de lágrimas, y su corazón estalló bajo el grito triunfal: ¡yo vivo, vivo, vivo! La última sensación, al dormirse con un sueño alegre y ligero, fué el sabor de una lágrima salada que humedeció sus labios.

Helaba y brillaba el sol cuando se despertó. Estuvo mucho tiempo sin darse cuenta de por qué su cama se encontraba hecha como de ordinario, y por qué él se encontraba en ella vivo; le aquejaba un ligero dolor de cabeza, y todo su cuerpo estaba molido. Pun-

to por punto volvió á sus recuerdos todo el día anterior, y su terror le pareció incomprendible, ante aquella muerte que se había ya representado unas diez veces. La muerte, el entierro, la fosa... pues bien, sí, era evidente que le enterrarían, y que cavarían una fosa y que en esa fosa se descompondría su cuerpo. Repasó cuidadosamente las terribles visiones de aquella noche, pero habían palidecido ya y se borraban cada vez más, como sucede comúnmente ante el día y sus realidades precisas. ¿Qué había de espantoso en aquellos fúnebres cuadros? El entusiasmo por la vida era lo que ahora le parecía incomprendible, irracional, absurdo. En resumen, él, Sergio Pietrovitch era sencillamente un cobarde y un fanfarrón.

Y he aquí que se acordó de la carta enviada á Novikov, y en la cual anunciaba su suicidio como un hecho realizado. Enrojació de vergüenza y sintió que su resolución de morir permanecía igual, firme, inquebrantable, tanto como la víspera antes de ceder á su inexplicable espanto. El temor había desaparecido, pero la vergüenza acerba persistía, y Sergio se rebeló contra sí mismo. La fuerza ciega que le arrancó de las profundidades de la no existencia había logrado por algunas horas solamente, pero logrado, sin embargo, deshonrar al fugitivo cobarde. La vergüenza acabó de dispersar hasta el recuerdo del acceso de cobardía; aquella suprema victoria se llevó de un golpe todo malestar corporal; la cabeza se despejó, el cerebro se volvió á poner á trabajar con la vivacidad vertiginosa, la potencia y la decisión que se observa en ciertos accesos de fiebre intensa. Los labios temblaban de deseo de hablar, y sobre su lengua se agolpaban palabras en las cuales en otro tiempo jamás hubiera pensado, y que ni siquiera comprendía. Se decía que si ahora persistiese en subsistir, necesitaría beber una copa tal de odio y de desprecio hacia sí mismo, que al lado de ella el veneno se convertía en néctar; su «yo», el «yo» insumiso y altivo, de quien la voluntad audaz acaba de deshacer el despótico «hecho» material, le mataría si el veneno no lo lograba. ¡Oh! ¡Ese yo todopoderoso! Sergio le veía engrandecer en su interior, y oía que su voz triunfal ahogaba las últimas lamentaciones del cuerpo: que aquellos á quienes es posible se dobleguen, en cuanto á él rompe la jaula. Y el desgraciado joven se miraba flotando por encima de los genios, de los reyes, de todas las cumbres, vencidos por todo lo que hay de más alto, de más grande, de más hermoso, de más puro: ¡el yo libre é inmortal de una criatura humana! ¿Qué podrán contra él las fuerzas tenebrosas de la naturaleza? ¡El yo todopoderoso reina sobre la muerte y la vida!

Se trataba verdaderamente del delirio de grandezas, como lo prejuzgaron varios con su tercera carta á Novikov á la vista. (Ésta carta, escrita en un trozo de papel, el reverso de una nota de lavandera, no llegó sino tras largas peregrinaciones.)

Quando la criada subió el té, encontró á Sergio sin conocimiento, pero respirando todavía. La solución de cianuro, preparada por manos inexpertas, había resultado demasiado débil. Le transportaron al hospital, en donde vivió hasta la noche. Un telegrama dirigido á su madre fué con retraso, de suerte que la desgraciada mujer no llegó sino después del entierro. Todos opinaron que había sido lo mejor, porque el cuerpo, todo lleno de manchas, causaba horror el verlo en el féretro. Todo lo que ella pudo recoger se reducía á libros y prendas de ropa usada, entre las cuales estaba la chaqueta que cruzaba constantemente bajo los sobacos y que él había remendado por última vez algunas horas antes de su muerte.

ANDRÉJEFF

(Del *Mercur de France*.)

PRODUCCION Y DISTRIBUCION

(De «L'Agitazione», de Roma)

En una conferencia dada recientemente en Milán por Arturo Labriola, el conocido socialista intransigente, director de *La Vanguardia Socialista*, ha demostrado, según este periódico, que «el problema que urge é importa resolver no es el de la distribución de la riqueza, sino el de la organización racional de la producción.»

De Malthus acá, los conservadores de todas las escuelas han sostenido que la miseria no se deriva de la injusta distribución de la riqueza, sino de la limitada productividad ó de la deficiente industria humana.

El socialismo es, en su origen histórico y en su esencia fundamental, la negación de aquella tesis; ó lo que es lo mismo, la afirmación precisa de que el problema social es, ante todo, una cuestión de justicia social, una cuestión de distribución. Mas cuando los socialistas empezaron á pactar con el poder y con las clases poseedoras, esto es, cuando han dejado en realidad de ser socialistas, se pusieron también, con formas un poco más modernas, á sostener la tesis de los conservadores.

Si semejante tesis fuese verdadera, sería falso que el antagonismo entre patronos y obreros fuese irreductible, porque hallaría solución en el interés que tendrían obreros y patronos en aumentar la producción; sería falso el socialismo, cuando menos, como medio actual para resolver el problema social. Y, en efecto, ya hemos oído á Turati sostener que los obreros deben en las huelgas cuidar de que no se arruinen los patronos y sus industrias, y antes de Turati, Ferri había dicho que los socialistas debían favorecer el enriquecimiento de los burgueses; y los más distinguidos representantes del socialismo democrático italiano van por ahí aturdiéndonos con el interés que tienen los proletarios de ser gobernados por una burguesía rica, cortés, «moderna».

Esta nueva predicación de los socialistas, que tiende á hacer abandonar al proletariado consciente la vía madre de la lucha de clases empujándolo hacia el callejón sin salida del reformismo burgués, es tanto más peligrosa cuanto que toma por pretexto un hecho cierto, el de la insuficiencia de productos actual para satisfacer, aun en límites restringidos, las necesidades de todos, y después de haber impresionado al público con la demostración de aquel hecho, con un pequeño expediente sofístico cambia el efecto en causa y saca sin detenerse las erróneas conclusiones que sirven sus propósitos.

Es necesario analizar el sistema.

Cierto que la producción en general y los artículos de primera necesidad son escasos, insuficientes, casi ridículamente pequeños con relación á lo que debería y podría ser.

El hambriento que pasa por los almacenes atestados de géneros alimenticios, el que careciendo de todo ve los esfuerzos que hacen los comerciantes por vender los géneros demasiado abundantes en relación á las demandas del público, podrán creer que hay de todo en abundancia para todos y que sólo faltan los medios para poder comprar. Los anarquistas, ilusionados con las cifras más ó menos cabalísticas de la estadística y aun para disponer en la propaganda de un argumento impresionante y de fácil comprensión para la masa ignorante, han podido sostener que la producción efectiva supera, con largueza, á todas las necesidades racionales y que bastaría que el pueblo tomase posesión

de la riqueza para que todos pudiesen vivir en la abundancia. Y el hecho de las sucesivas crisis sedicentes de sobreproducción (esto es, el trabajo que falta porque los patronos no hallan compradores para los productos que han acumulado) ayuda á confirmar en la mente de la generalidad esta impresión superficial.

Mas un poco de crítica fría hará comprender súbitamente que esta pretendida grande riqueza debe ser una ilusión.

Lo que consume la gran masa del pueblo es insuficiente á satisfacer las más elementales necesidades: la inmensa mayoría de los hombres come poco y mal, viste y vive mal y está mal provista de todo; muchos mueren lentamente de hambre y de frío. Si verdaderamente se produjese tanto que alcanzase para todos, ¿por qué los más no consumen bastante y dónde se acumula el excedente anual de la producción? ¿Y por qué inconcebible aberración los capitalistas, que hacen producir para vender y obtener beneficios, continuarían haciendo producir aquello que no habrían de vender?

Por la concurrencia que los capitalistas se hacen entre sí y la ignorancia en que algunos estén de la cantidad de productos que los otros puedan en un momento dado lanzar á la plaza; por el espíritu de especulación, por la avaricia de la ganancia y por error de previsión puede ocurrir y ocurre frecuentemente en las industrias manufactureras, cuya potencia productiva es más elástica, que se produzca más de lo que se demanda en un momento dado; pero entonces sobreviene la crisis, la suspensión del trabajo, y el equilibrio se restablece: á la larga, normalmente, no se produce más que aquello que se consume. Es el consumo el que gobierna á la producción y no á la inversa.

Por lo demás, respecto á los productos alimenticios, que son los de más vital importancia, basta tener en cuenta las terribles consecuencias en los países agrícolas de una cosecha que falta para convencerse de que comiendo tan mal como come la generalidad, apenas se produce lo bastante para ir tirando de un año á otro.

Si toda la masa de la riqueza producida anualmente, de la cual hoy más de la mitad va á parar al pequeño número de capitalistas, fuese distribuida igualmente entre todos, la condición del obrero mejoraría muy poco y además su parte correspondiente aumentaría, no en las cosas necesarias, sino en mil bagatelas, poco menos que inútiles, cuando no dañosas. En cuanto al pan, á la carne, á la casa, al vestido y demás artículos de primera necesidad, la parte que los ricos consumen en exceso ó disipan, distribuida entre la masa innumerable, no produciría cambio alguno sensible.

Así, pues, la producción es insuficiente y urge aumentarla: estamos de acuerdo.

Pero, ¿por qué hoy no se produce más? ¿Por qué hay tantas tierras incultas y tantas mal cultivadas? ¿Por qué tantas máquinas paradas? ¿Por qué tantos obreros desocupados? ¿Por qué no se edifican casas para todos, se hacen vestidos para todos, etc., puesto que abundan los materiales y los hombres aptos y deseosos de utilizar dichos materiales?

La razón es clara, y no habrá de parecer nueva á quien quiera que se diga socialista. Y es que los medios de producción, suelo, materia prima, instrumentos de trabajo, no están en manos de todos los que tienen necesidad de los productos, sino que pertenecen, por el contrario, como propiedad privada á un pequeño número de personas que se sirve de ellos para hacer trabajar á los demás por su cuenta y sólo en la cantidad y forma que conviene á su propio interés.

Hoy el hombre no tiene derecho á parte alguna de los productos por el solo hecho de ser hombre; si come y vive es únicamente porque el capitalista, el poseedor de los medios de producción, tiene interés en hacerlo trabajar para poderlo explotar.

Ahora bien; el capitalista no tiene interés en desarrollar la producción más allá de

un cierto límite y, por tanto, está interesado en que haya siempre una relativa carestía. En otros términos, el capitalista hace producir en tanto cuanto puede vender los productos más caros de lo que le costaron y aumentar la producción á fin de que paralelamente aumenten sus beneficios; pero cuando ve que para vender ha de rebajar en demasía los precios y que la abundancia conduciría á una disminución absoluta de beneficios, retiene la producción almacenada—como sucede mil veces,—destruye una parte de los productos disponibles para aumentar el valor de la parte restante.

Por eso si se quiere que la producción crezca de tal modo que alcance á satisfacer plenamente las necesidades de todos, es preciso que aquella sea dirigida en el sentido de la necesidad de satisfacerlas, y no ya por los beneficios particulares de algunos. Es necesario que todos tengamos derecho á gozar de los productos; es necesario que todos tengamos derecho á usar de los medios de producción.

Si todo el que tiene hambre tuviese derecho á tomar el pan que necesitare, sería preciso hacer de modo que hubiese pan para saciar á todos, y entonces se cultivarían las tierras incultas, y á los métodos antiguos se sustituirían métodos de cultivo más productivos. Si, por el contrario, como ocurre hoy, la riqueza existente en medios de producción y en productos acumulados perteneciera á una clase especial de personas, y esta clase, provista de todo, pudiese prender y fusilar á los hambrientos que gritan demasiado, la producción continuaría reducida al límite señalado por los intereses capitalistas.

En conclusión; la causa de la escasez de producción es hoy la distribución limitada; y si se quiere destruir el efecto se necesita destruir la causa.

Para que se produzca bastante para todos, es preciso que todos tengamos derecho á consumir bastante.

De modo que queda demostrada la verdadera tesis socialista, ó sea, que el problema de la miseria es ante todo una cuestión de distribución.

ERRICO MALATESTA

(Traducción de R. Mella.)

La perla negra

(CONCLUSIÓN)

X

El sabio miraba con la mayor atención el mango del puñal y el aplastamiento advertido por M. Tricamp. Este examen duró algunos segundos, durante los cuales, abrumado y desalentado Baltasar, miró maquinalmente á su amigo, sin tomarse el menor interés por su conducta. Cornelio, sin pronunciar una palabra, se subió en una silla y observó con el mismo cuidado los alambres de la campanilla y la manera cómo habían podido romperse...

—¿Dónde está la campanilla?—preguntó bruscamente.

—En la sala grande—respondió Baltasar.

Cornelio tiró del alambre que debía estar puesto en comunicación con ella, pero no se oyó ningún campanillazo.

—¡Ah!—dijo Baltasar.—¡Ella lo había previsto todo; había desenganchado el tirador!

Cornelio, sin responder, miró con atención el sitio por donde pasaba el alambre: era por un tubito de hoja de lata, del diámetro de un cañón de pluma; el alambre corría con facilidad, y, evidentemente, el obstáculo no procedía de allí.

—Vete á ver la campanilla—dijo á Baltasar.—¿Se mueve cuando tiro del alambre? Baltasar fué al umbral de la puerta, y obedeció sin comprender.

—¿Se mueve?—repitió Cornelio, tirando varias veces del alambre.

—Un poco—dijo Baltasar;—pero no puede tocar. Está derecha y vuelta, con la boca hacia arriba. Parece como si alguna cosa la retuviese en esa posición.

—Está bien—dijo Cornelio;—luego lo veremos. Sujétame la mesa de escritorio para que me suba en ella.

Baltasar volvió al gabinete é hizo lo que le mandaban. Cornelio pasó de una pernada desde la silla á la mesa; y, ayudándose con el cuchillo, se empinó trabajosamente hasta el ventanillo redondo, como si hubiese querido juzgar por sí mismo las dificultades de la empresa. Baltasar abrió la boca para interrogarle, cuando oyó á Gúdula llamarle desde la pieza inmediata. Salió á escape y encontró á la vieja emocionadísima, y á los agentes de policía que habían acudido á su llamamiento.

—¡Señor—gritaba—acaba de escaparse!

—¿Cristiana?

—Sí, señor. Acababa yo de levantarme; la he visto atravesar la habitación y huir por la parte del jardín. ¡Ay, Dios mío! ¡Corran ustedes, á escape, que va á ocurrir una desgracia!

—¡Ah, viborilla!—exclamó M. Tricamp.—¡Cómo se hacía la muerta! ¡En marcha; vosotros por el jardín!

Todos los agentes salieron, con M. Tricamp á la cabeza. Y Baltasar entró corriendo en la alcoba de la joven para cerciorarse de que Gúdula decía la verdad.

En efecto, Cristiana había desaparecido; pero encontró en la alcoba á Cornelio, quien había bajado por el ventanillo redondo. El sabio tenía apartadas las cortinas de la cama, y su actitud demostraba la más viva estupefacción.

—¡Sí, sí! ¡Anda... búscalal—le dijo Baltasar furioso y convencido de que la causa del estupor de su amigo era la desaparición de Cristiana.—¡Echala un galgol! ¡Bien ves que es culpable, puesto que huye!

—Lo que veo—respondió volviéndose Cornelio, temblando de emoción y echando lumbre por los ojos—lo que veo es que la inocente es ella, ¡y nosotros los culpables!... ¡y nosotros somos los estúpidos!

—¿Estás loco?

—Y tengo cogido á tu ladrón!—añadió Cornelio con exaltación creciente.—¡Voy á decirte yo todo cuanto ha hecho, y cómo ha entrado, y cómo ha salido!... ¡Y te diré su nombre!... Y, en primer lugar, no ha entrado por esta alcoba, ni por este agujero; sino por la chimenea de tu gabinete.

—¿Por la chimenea?

—¡Sí, por la chimenea!... Y como, según costumbre, iba tras el metálico, en pos de tu oro y de tu plata, ha recorrido en primer término á tu cartera, forzando su cerradura de acero, luego á tu escritorio, rompiendo la cerradura de hierro; y haciendo un bulto con tus florines y tus ducados y tus alhajas, se lo ha llevado todo, dejándote por despedida el puñal en el tabique... Y desde ahí, despegando el papel de la pared, ha saltado á la alcoba de esa infeliz criatura, donde ha dejado caer una perla.... ¡Y si quieres ver lo que ha sido de tu medallón, ven!

Separó las cortinas de la cama y mostró á Baltasar el pequeño crucifijo de cobre de la joven, enteramente dorado de pies á cabeza, y resplandeciente en ese nuevo estado...

—¡He ahí lo que ha hecho con el marco de oro!...

Y metiendo la mano en la concha que servía de pila de agua bendita en el crucifijo, sacó de ella las dos placas de cristal del medallón, fundidas en una sola pieza, con la flor en el centro:

—¡Y he aquí lo que ha hecho con lo demás!...

Baltasar miraba á su amigo con aire extraviado.

—¡Y si quieres también saber cómo ha salido—prosiguió Cornelio, llevándole á la ventana sin darle tiempo ni para respirar—míral!...

Y señalaba al vidrio más alto, horadado por un agujerito del diámetro de una bala común; y tan limpio, tan redondo, tan perfecto, que el operario más hábil no hubiera podido hacerlo mejor.

—¡Pero!—exclamó al fin Baltasar, que creía estar en sueños—¿quién ha hecho todo esto?...

—¡Ah, majadero!... ¿No ves que ha sido EL RAYO?

Uno que hubiese caído á los pies de Baltasar no le hubiera atontado más... É iba á pedir explicaciones á Cornelio, cuando éste le impuso silencio, y se puso á escuchar. Un gran clamoreo alzabase por la parte del muelle, y parecía subir desde la calle al aproximarse. Abrieron la ventana y vieron agitarse la muchedumbre, gritar y refluir hasta la escalinata del pórtico, donde se detuvo para abrir paso á una camilla conducida por agentes de policía... y en la cual estaba tendido el cuerpo de Cristiana!...

XI

La desdichada criatura se había arrojado al Amstel, de donde acababa de sacarla Petersen, el vigilante nocturno.

Al ver ese pálido rostro, esos ojos, al parecer, cerrados para siempre, y esos brazos rígidos, por donde corría el frío de la muerte, Baltasar y Cornelio precipitáronse al encuentro de la camilla, cogieron en brazos á la joven, y la transportaron al salón, delante del fuego, sobre un colchón que M. Tricamp tuvo cuidado de hacer que extendieran allí. Trataron de reanimarla, la calentaron entre sus brazos, suplicándola y llamándola como si hubiera podido oírles; pero las manos estaban heladas... el corazón ya no latía. Al ver la desesperación de ellos, no hay nadie que teniendo alma no se hubiera deshecho en llanto. ¡La pedían perdón, se acusaban á sí mismos! Todo el mundo lloraba; porque la multitud había invadido la estancia y los rodeaban. Al fin, en medio de su dolor, Cornelio tuvo un rayo de luz, y pegando sus labios á los de Cristiana, se puso á aspirar y respirar con fuerza, facilitando con las manos el juego de los pulmones. Durante ese tiempo, M. Tricamp hacía calentar botellas de barro, planchas y todo cuanto pudiese valer lo mismo para ponerle debajo de los brazos y las piernas de la joven.... ¡Hubo un terrible momento de angustia y de silencio!...

—¡Bah!—dijo alguien.—¡Demasiados afanes por una ladronal!...

Baltasar dió un salto; pero no tuvo nada que hacer. Habían puesto ya al hombre á la puerta.

—¡Respira!—exclamó Cornelio jadeante.

Hubo un clamor de alegría. Todo el mundo creía en el robo. Pero, ¿de qué serviría la desgracia si no fuese para tener compasión de los culpables?

Algunos minutos después Cristiana suspiró, y reapareció un poco la vida en sus me-

jillas. Un médico, que acudió, dijo que estaba salvada, y que era preciso conducirla á su alcoba. Quedáronse solas con ella las mujeres, la desnudaron y la metieron en la cama. Cornelio y Bartsar iban y venían llenos de gozo, dando consejos á través de la puerta, preguntando qué hacía falta, yendo en su busca, y en medio de todo esto, felicitándose y apretándose la mano. En cuanto á los hombres, disertaban gravemente alrededor de la lumbre, acerca de la mejor manera de reanimar á los ahogados.

—Don Baltasar—dijo M. Tricamp,—voy á retirarme con mis hombres, porque la muchacha no está hoy en estado de ir detenida...

¡Detenida!—exclamó Baltasar.—Pero, ¿no le ha dicho á usted Cornelio...? Pero, ¡si es inocente...! Conocemos al ladrón.

—¡El ladrón!—replicó M. Tricamp.—Pues, ¿quién es?...

—¡El trueno!—dijo Baltasar.

M. Tricamp abrió unos ojos de, á palmo.

—¡El trueno?...

—Sí, señor Tricamp—dijo Cornelio con burla,—el trueno, ó más bien ¡el rayo! Usted aplica la Fisiología á la investigación de los delitos... Yo aplico la Física...

—¿Y me sostendrá usted—exclamó M. Tricamp exasperado—que el rayo es quien ha hecho todo esto?

—¡Ha hecho mucho más;—replicó Cornelio.—¿Y los clavos que planta en un espejo sin romperlo; y la llave que saca de la cerradura y deja colgada en su clavo; y el papel de cigarrillos que aparta delicadamente del bronce puesto en fusión; y la plata que volatiliza á través de las mallas de la bolsa que permanece intacta; y las herramientas de zapatero que clava en el techo, y las imana tan bien que las agujas corren como locas tras del martillo; y la pared que arranca de su sitio y transporta en una sola pieza á veinte pasos más allá; y el bonito agujero que ha hecho en la vidriera de Cristiana; y el papel del tabique despegado con tanta pulcritud; y ese medallón, cuyos dos cristales ha fundido sin estropear la flor, para dejar galantemente á nuestro amigo el más delicioso esmalte que pueda verse, y á su futura un regalo de boda que ningún obrero hubiera sabido hacer; y, en fin, el oro del marco con el cual ha dorado todo el crucifijo de Cristiana?...

¡Vaya!—replicó M. Tricamp.—¡Eso no es posible... ¡Y el bulto... ese bulto que ella entregó por la ventana á un hombre!...

—¡Presentel—exclamó Petersen.—¡Ese hombre era yo!

—¿Usted?

Sí, señor Tricamp. Y el paquete es ropa blanca que ella me había preparado para mis hijitos, que están enfermos!

—¡Bueno, bueno; ropa blanca!—dijo Tricamp exasperado.—Pero, y el oro, la plata, los ducados y florines, y las demás joyas, ¿dónde están?...

—¡Pardiez!—dijo Cornelio, dándose una palmada en la frente.—Ahora me lo recuerda usted...

—Saltó sobre la mesa arrimada á la pared, y volviendo boca abajo la campanilla, con un violento esfuerzo, exclamó:

—¡Aquí están!

Un gran lingote de oro, plata y pedrería cayó de la campanilla, con el badajo suelto, todo ello fundido y aleado, como sabe el rayo fundir y alear. El metal en fusión, acarreado las piedras finas y las perlas, había seguido el alambre conductor de la campanilla, con esa facilidad de transporte y ese capricho de recursos que sólo tiene la electricidad, y que participa del prodigio y del milagro.

M. Tricamp recogió el lingote y quedósele mirando con asombro.

—Pero, en fin,—dijo—dirigiéndose á Cornelio;—¿qué le ha puesto á usted en la pista?..

Cornelio se sonrió.

—Aquella misma perla negra que me puso en la mano usted, señor Tricamp, desafiándome á que viese en ella una prueba de inocencia.

—¡La perla negral

—Sí, señor Tricamp; mire usted ese puntito blanco imperceptible... ¡Es una quemadura!

—A fe mía, señor,—dijo Tricamp saludándole—el sabio es mucho más fuerte que yo. Me inclino... y ahora mismo voy á ponerme á estudiar Física y Meteorología... Pero nada menos que esta prueba hacía falta para alejar de mi espíritu una sospecha que comenzaba á ir en aumento, y que ruego á usted que me perdone... Y es la de que ¡Usted era el cómplice de la señorita!

—En último caso—dijo Cornelio riéndose—lo que puede servir á usted de consuelo es que no se equivocó en el sexo.

—¡Era la *chispa* eléctrica!

M. Tricamp se marchó, por no oír más, seguido por la muchedumbre, ansiosa de propalar la extraña noticia; y Gúdula se presentó á anunciar que Cristiana iba mejor, que lo sabía todo y que deseaba verles.

¿Qué decir de aquella escena? Baltasar reía, Cornelio lloraba; Cristiana, á quien le estaba prohibido hablar, reía y lloraba.

—Mi pequeña Cristiana—dijo Baltasar de rodillas junto á la cama;—si no quieres darme un disgusto, no rechaces el regalo que te voy á hacer.

Y dejó encima de la cama el lingote de oro, plata y pedrería.

Cristiana hizo ademán de rehusarlo.

—¡Oh!—dijo con presteza Baltasar, tapándola la boca.—Necesitas una dote...

—... Si me quieres por marido—añadió Cornelio.

Cristiana no respondió nada; pero miró con húmedos ojos al buen sabio que la había salvado el honor y la vida... Y yo, que estaba allí presente, les aseguro á ustedes que aquella mirada no quería decir que «¡No!»

V. SARDOU.

CRONICA CIENTÍFICA

El radium.—¿Verán los ciegos?—Dos errores populares: La lactancia perjudicial á la madre; exageración de la influencia hereditaria.

En las estepas de la frontera ruso-siberiana se ha descubierto un depósito relativamente abundante de radium. La noticia ha producido gran sensación en los centros científicos de Londres, donde William Crooks, Kebrin y casi todos los físicos se ocupan preferentemente de las notables propiedades de ese metal, sobre todo de la que consiste en producir luz y calor sin perder nada de su energía, ya conocida de nuestros lectores, por haber tratado en una crónica anterior del más curioso, más costoso y más escaso de todos los metales.

Esa escasez, la cantidad insignificante sobre la cual se ha podido operar hasta ahora, ha impedido á los esposos Curie, á Betquerel y á Crooks sacar de sus experimentos conclusiones capaces de crear una termoquímica moderna sobre bases absolutamente nuevas; por eso se ha acogido con entusiasmo la noticia dada recientemente por la *Novoe Vremia*, de San Petersburgo, y, si se confirma, preparémonos á ver novedades científicas de la mayor importancia.

* * *

Fundados en la seriedad del corresponsal yanqui del *Daily Telegraph* dimos en otra crónica la noticia del descubrimiento del *acusticon*, destinado á dar oído á los sordos. Quisiéramos tener la misma confianza en el aparato del profesor Peter Stiens para dar vista á los ciegos; pero resulta dudoso que pueda lograrse tan halagüeña esperanza. El Dr. Styrax ha dedicado á este asunto un estudio en que se muestra reservadísimo.

Según él, en todos los casos en que el nervio óptico no está enteramente obliterado, es posible, por una acción física cualquiera sobre este nervio (una corriente eléctrica, por ejemplo) producir la sensación de luz en el centro óptico del cerebro y dar á los ciegos la ilusión de la luz; mas para *hacerlos ver*, se necesitaría restituirles los órganos que forman la imagen óptica de los objetos y la retina que los percibe.

En efecto, el aparato visual se compone de tres partes: ojo, nervio óptico y el centro óptico del cerebro.

El ojo es un maravilloso aparato fotográfico que suministra una imagen al revés de los objetos exteriores á la retina, que desempeña aquí idéntica misión que la de la placa de gelatinobromuro y, como ella, es sensible á la luz.

Si fuera posible dejar de un ojo únicamente la retina, la luz se impresionaría; pero como faltaría la imagen óptica que recordara la forma y las dimensiones de los objetos exteriores, el sujeto tendría la vaga impresión de la luz difusa; pero no vería objeto alguno. Es lo mismo que si se colocase una placa fotográfica delante de una persona, la placa sería velada uniformemente; pero no produciría el menor rasgo que revelase su presencia.

Para que haya visión es, pues, necesario que el ojo pueda tomar la imagen de los objetos exteriores.

Como hemos dicho, la retina es la placa sensible del ojo. Su modo de ser permite á las vibraciones del éter que constituyen la luz irritar el nervio óptico. Proyéctase sobre dicho nervio un haz de luz tan potente como se quiera, no habrá impresión de luz, porque el nervio óptico se limita á conducir una impresión cualquiera que se le suministre y á dirigirla al centro óptico del cerebro. Por eso, si se cortase el nervio óptico, el sujeto no experimentaría dolor, vería sencillamente un rápido relámpago. La sección produciría una irritación del nervio transmitida al cerebro. El mismo resultado se obtendría electrizando ó comprimiendo el nervio.

Si miramos forzosamente á derecha y con el dedo meñique de la mano izquierda oprimimos el globo ocular izquierdo contra el borde de la órbita, cerrando los dos ojos veremos una media luna luminosa hacia la derecha: es la compresión de la retina que se traduce por una sensación luminosa.

Queda el centro óptico. Esta es la parte del cerebro donde desembocan las fibras del nervio óptico que percibe las impresiones que éste le procura.

Como se ve por esta exposición, el Dr. Caze ha podido percibir una vaga claridad si se ha irritado sus nervios ópticos por una corriente eléctrica, lo cual es un hecho co-

nocido; todos los médicos que han colocado un polo de máquina eléctrica sobre el ojo, y el otro en la nuca, saben que en el momento del cierre de la corriente, si ésta es suficientemente fuerte, el sujeto acusa un relámpago más ó menos intenso; pero éste es un experimento peligroso que no aconsejamos á nuestros lectores.

Es muy posible que en los casos de ceguera causada por debilidad del nervio óptico, la aplicación de la electricidad sea útil; pero en los otros casos, esperamos resultados más positivos para declararnos.

* * *

Hay conformidad muy general acerca de que la lactancia materna es la mejor para el niño, y que la artificial debe ser considerada sólo como un recurso siempre imperfecto y perjudicial al niño en muchos casos; pero existe también la creencia popular de que esa lactancia ventajosa para el niño es perjudicial para la madre.

Dejando á un lado la conveniencia del niño, hay en este asunto dos puntos importantes: la conveniencia ó el perjuicio para la madre.

Respecto del primer punto nos limitaremos á indicarle; no tenemos propósito ni ocasión de tratarle por hoy: todos los que se ocupan de asuntos relacionados con la mujer consideran á ésta como un accesorio humano más que como un sér verdaderamente humano; no es un sér perfecto, sino la hembra del sér, un instrumento de reproducción de la especie; y así, lo mismo en las sociedades salvajes ó semicivilizadas del pasado que en la civilización presente, en la tribu que en la familia, la mujer es la esclava del hombre del presente y del futuro, del hombre formado y del que se va formando; nunca el sér libre y absolutamente dueño de sí mismo. ¿Quién piensa en lo que puede ser la mujer en la sociedad comunista en que racional y económicamente constituida, reemplace á la familia, en que no haya familia, en que el hombre pueda ser moralmente perfecto, no sólo despojado de ese sentimiento paternal de que tanto se habla, sino á veces hasta ignorando que sea tal padre, y en que la madre ponga el hijo, libre de los cuidados maternales, por haber sido éstos reemplazados ventajosamente por instituciones sociales en que se prodiguen con toda la perfección imaginable?

Respecto del segundo punto, dice el sabio ginecólogo Dr. V. Nalpasce:

«En cuanto á las ventajas físicas que reporta la madre de la lactancia materna, diremos que la mujer que cría su hijo se restablece mejor y más pronto después de su parto, porque sus órganos entran en un reposo relativo á consecuencia del cese de sus funciones durante el tiempo empleado en la lactancia.»

También se observa que la lactancia cura enfermedades anteriores de la mujer, como la anemia, por ejemplo, en que las funciones digestivas se ejercen más activamente, en que se alimenta más y en que la secreción láctea entretiene el equilibrio de todas las funciones.

Cree el citado doctor que la simple indicación de estas ventajas, opuestas á los males á que se exponen las mujeres que no crían sus hijos por vanos temores ó ridículos convencionalismos, deben determinarla á cumplir la ley natural, ó lo que por tal se entiende.

En un asunto de esta índole no podía faltar el aspecto sentimental, y al efecto añade: «Además, la mujer que haya apreciado una vez el inefable placer que experimenta una madre siendo testigo de las primeras sonrisas de su hijo, seguramente se negará á dividir sus deberes maternales con una extraña.» Y sobre esto sólo cabe decir que, siendo el sentimiento una manera de nuestro ser, nadie piensa en suprimirle, y que sólo podrá variar la ocasión, la manera, las circunstancias y aun el objeto de su manifestación.

* * *

En muchos casos de neurastenia ó de demencia se atribuye á la herencia lo que sólo es efecto del contagio, es decir, que estas enfermedades se comunican por la madre al hijo antes de su nacimiento.

El Dr. Foveau, de Courmelles, en *Le Médecin*, dedica á la *impresionabilidad* del hijo, entre su concepción y su nacimiento, un estudio muy interesante, en el que señala hechos desconocidos que convendría que fueran generalizados.

La madre da su sangre y sus impresiones de toda clase á su hijo durante nueve meses, período de gestación importante y generalmente desconocido. La educación del niño debe empezar desde la primera hora de su existencia; deben vigilarse las impresiones, las sensaciones y la alimentación de la madre, porque así como un veneno ingerido por ella pasa á la sangre del sér que lleva en sus entrañas, todas las sacudidas físicas y morales obran sobre los dos organismos.

En lo material hay defectos y aun monstruosidades que se transmiten á los niños por las emociones, deseos y caprichos maternos, y aunque en nuestros días no parezca científicamente demostrado, sabido es que en el fondo de las tradiciones y preocupaciones populares suele haber una parte de verdad que la ciencia tarda mucho en despojar de su rudeza.

TARRIDA DEL MÁRMOL

QUESTIONES SOCIALES

(CONCLUSIÓN)

En su loco afán de defender lo indefendible, aseguraba formalmente el gran economista David Ricardo, que en el régimen capitalista los productos se cambian y venden á proporción de la cantidad socialmente necesaria para ser producidos. Pero esto nó es así, dígalo quien lo digere, porque el valor de cambio de los productos, valor inapreciable según los falsos métodos empleados en las transacciones para su justipreciación, sujeto como lo está, desde luego, á las alteraciones del mercado provocadas por la estafadora mecánica comercial y financista, se halla al presente basado en las inmoralidades del agio que altera á su antojo las leyes del valor, produciendo el alza y baja en el precio de todas las cosas, perturbando el crédito y dando lugar á toda suerte de crisis desastrosas.

El valor de los productos sólo puede establecerse con algún viso de equidad, mediante la relación comparativa que éstos guardan entre sí al ser cambiados. En último extremo—y esto es lo más lógico y racional, económicamente considerado—todo el valor de un producto determinado, puede y debe hallarse intrínsecamente condensado en su fuerza reproductora ó en la mayor ó menor extensión de las necesidades capaces de ser cumplidamente satisfechas por el producto en cuestión, al ser aplicado á los menesteres del consumo.

Pero el utilitarismo acaparador que ciega á los doctos gerifáltes de la Economía política, no lo entiende así, y prefiere buscar en las despojadoras fluctuaciones de la libre concurrencia el valor de cambio de los productos, cuando lo que logra encontrar es el valor comercial.

Lo fortuito, determinante del agio, da origen en el mercado al valor transitorio de

los productos, valor eventual y variable á cada nuevo instante, que suele ser recargado y aumentado considerablemente, con las comisiones y el sobreprecio en perjuicio de los consumidores, que son los que todo lo pagan en definitiva, *ya que sólo del cuero es posible sacar las correas...*

La inmoralidad de tales manejos es evidente. Pero no haya cuidado, no, de que los señores economistas levanten su *voz autorizada* para condenar virilmente estas indignas tramoyas despojadoras, promovidas por los especuladores, *de buena y mala fe*, con el alza y baja de los precios en la venta de los artículos negociables. No condenarán, no, el fraude del comerciante avaricioso ni el agio del financiero inmoral. Servir la causa del mundo de los negocios; he ahí el noble afán de los señores economistas. Y como al negocio no le convienen las necesidades de la Humanidad, por muy grandes que éstas pudieran suponerse; como el negocio se nutre con la guerra y especula con el hambre; como, en una palabra, el único objetivo del negocio estriba, únicamente, exclusivamente, en procurar, por todos los medios imaginables, el aumento, siempre creciente, de los beneficios y ganancias del especulador, por eso y para eso se inventaron y establecieron los *signos de crédito*—la moneda y el billete de Banco—como medio, el más seguro, eficaz y poco expuesto, de ejercer el dominio del mundo económico, comerciando con la retención legal de las riquezas sociales y explotando las fuerzas del trabajo proletario.

*
*
*

Bajo la influencia perniciosa del régimen capitalista, lo que principalmente preocupa á los llamados *sabios oficiales*, es procurar el fomento preponderante de las clases privilegiadas á expensas del trabajo proletario, vistiendo todo lo falso y vetusto de bellos oropeles legalistas y adornando todo lo tiranizador y corrompido con pompas deslumbradoras de majestad y excelcitud.

En las altas esferas sociales donde se agitan, endiosados y libres, los *excelsos* y los *superiores*, háblase, incesantemente, cargantemense, de probidad, de moralidad, de rectitud y de justicia, y, al propio tiempo, los que blasonan—ellos sabrán con qué razón—de *justos, rectos, probos y virtuosos*: los reyes, los nobles, los magistrados, los generales y los grandes rentistas y propietarios, cuantos, en fin, disfrutan de privilegios, de honores, autoridad y poder, revuélvense inmundamente en el *todo dorado* de la indignidad más abyecta y vergonzosa, viviendo, bullendo y campando soberanamente, á costa de las riquezas que el pueblo hambriento, vejado y despojado, amasa con el sudor de su frente augusta...

*
*
*

El despojo es la ley suprema que todo lo regula y determina bajo el imperio del capitalismo.

El valor intrínseco de la moneda de plata, única moneda empleada hoy día en España para toda operación de pagar servicios y adquirir productos, es bastante inferior á la mitad de su valor de circulación.

Una moneda de *cinco pesetas*, considerada en su justo valor intrínseco, en el valor verdadero de su plata y coste de acuñación, escasamente si vale *dos pesetas cincuenta céntimos*. Luego si sólo vale *dos pesetas cincuenta céntimos* y se hace pasar por *cinco pesetas*, nadie podrá negar que esto supone un medio de despojo, tan legal y corriente como se quiera; pero despojo al fin.

La moneda—digámoslo de una vez y para siempre—en la dualidad enmarañada de

su *valor de cambio*, sirve á las mil maravillas para arreglarlo todo á satisfacción de los capitalistas y de los especuladores, con perjuicio evidente de los hombres del trabajo.

Todos los engaños sociales parten de la base ficticia en que se apoyan las operaciones de la vida industrial, comercial y financiera en el desenvolvimiento económico de sus íntimas relaciones con los factores humanos del trabajo. Porque, lógicamente discutiendo, ¿cómo se va á concertar, ni es posible que se concierte, cambio alguno racional y justo entre los tenedores de un elemento de valor imaginario y variable, cual lo es la moneda, y los poseedores de la fuerza del trabajo, traducida ó dispuesta á traducirse, siempre que así convenga, en productos y riquezas de fácil asimilación, valor efectivo y disfrute directo?...

Para que las transacciones determinadas por la oferta y la demanda fueran racionalmente justas; para que los cambios, ventas, pagos y contrataciones de servicios tuvieran el carácter de equidad exigible en todo *acto bilateral* de tal naturaleza, no basta, no, la cumplimentación escrupulosa de las fórmulas más ó menos leoninas al efecto establecidas por el derecho vigente.

Era preciso, ante todo y sobre todo, que el *dinero*, como padrón de cambio, fuera, por su naturaleza y condiciones intrínsecas, el *equivalente efectivo, riguroso y exacto de los productos ó servicios por que ha de ser cambiado; que valiera como ellos y para lo que ellos* sin posibles engaños de relatividad y depredación; en una palabra, que no se diera ni pudiera darse el caso inmoral, perturbador y despojador de que, como hoy acontece, con un signo de valor fingido, se puedan adquirir productos verdaderos, pues sólo siendo el *signo de pago igual al producto porque ha de ser cambiado*, serían justas las operaciones de cambio, remuneración de servicios ó adquisición de géneros, y no se irrogarían los enormes perjuicios que comúnmente se irrogan á los desheredados al entrar en transacciones con los capitalistas y con los propietarios.

*
*
*

Bajo el régimen actual, régimen tan legalista y prendado de su falsa probidad explotadora, el capital y el trabajo resultan términos antagónicos y en perenne lucha, cuando deberían fusionarse armónicamente, para realizar su finalidad civilizadora de redimir al hombre, como partes que son complementarias de un mismo todo creador y omnipotente.

El secreto acerbo de tales incongruencias, está en lo divergentes que entre sí resultan el producto y el dinero, ya que, cuando uno cualquiera de estos elementos se ve despreciado, el otro eleva su valor de cambio y viceversa.

Así es que, de estos tremendos antagonismos entre lo ficticio y lo real, como no puede menos de suceder, surgen anomalías tan inexplicables y absurdas, cual lo es, sin género alguno de duda, la de que los trabajadores cuando más baratos están los productos en el mercado, es, precisamente, cuando se ven más abatidos, hambrientos y miserables, porque, *ó se les rebaja el jornal ó se les deja sin trabajo*.

El paro forzoso, esa especie de terrible epidemia pauperizadora que diezma periódicamente las hambrientas filas del pueblo productor estrujando á los proletarios en los funebres torniquetes de la escasez y la miseria, surge siempre pavoroso, llenando el mundo de negros horrores, precisamente cuando mayor es la abundancia de los productos, cuando más se ha trabajado y mejor pudiera vivirse.

El obrero lanzado del taller, del campo, de la mina, de la fábrica porque *hay exceso de productos almacenados*, sin que á él, que todo lo produce y que tiene hambre, que va

medio desnudo y que tal vez no dispone ni siquiera de un mal lecho donde reposar tranquilo, le sea *licito consumir*, es la más execrable y monstruosa de las sociales aberraciones económicas.

La abundancia de producción casi siempre produce efectos desastrosos en las filas del proletariado. Debería la abundancia producir la gloriosa exaltación del género humano á las sublimes regiones de su libertad y de su bienestar; pero, bajo este régimen injusto de explotación y de tiranía, puede darse con frecuencia el caso inexplicable de que, la *abundancia*, produciendo el paro forzoso, la crisis de trabajo, sólo irradie hábitos de desesperación y de muerte entre el pueblo desheredado.

Para resolver el tremendo problema de la miseria, no basta, no, señores economistas; no basta que resulte más ó menos axiomático el principio elemental de economía de que la abundancia implica la baratura de los productos. Es preciso, ante todo y sobre todo, que el pueblo trabajador, consumiendo racionalmente, pueda proporcionarse, con entera libertad, los medios necesarios á su feliz desenvolvimiento, mediante la sola prestación, adecuada y racional, de sus esfuerzos y capacidades en las diarias faenas de la producción general.

La libre concurrencia, con sus procedimientos despojadores, no proporciona al pueblo productor medios lógicos, dignos y racionales para poder reintegrarse y beneficiarse de su trabajo, con la extensión y libertad que de suyo exigen los derechos inherentes á nuestra condición indeclinable de hombres libres. Por esto, el comunismo socialista, cortando todas las grandes ficciones y destruyendo todos los errores tremendos en que se funda, basa y afirma el actual orden de cosas, establecerá en su día, en la sociedad libertada del porvenir, en vez del salario que degrada y oprime, la mutualidad de servicios que eleva y dignifica, y en justificación del signo monetario que preside actualmente las transacciones de la oferta y la demanda, implantará el cambio de servicios y de productos entre las colectividades sobre la base de la más firme solidaridad, en la manera y según lo determinen las exigencias de la producción y del consumo. Porque, estamos seguros de ello, *el capital ficticio, el capital dinero*, planteado que sea en la tierra el régimen socialista fraternario y redentor, está llamado á desaparecer para siempre—por estéril, perturbador y anticientífico—ante el poder real y legítimo del *capital trabajo*, que no á otra solución práctica habrán, en definitiva, de conducirnos los grandes progresos de la cultura humana, experimentados en el desenvolvimiento ascendente de la libertad y del derecho, como en el creciente desarrollo del maquinismo y de la ciencia, en su doble calidad de elementos revolucionarios y humanizadores.

DONATO LUBEN

DERECHO Y LEY

Hay esperanzas idílicas para el porvenir de la humanidad.

Hay desesperaciones escépticas que niegan la posibilidad de la justicia social.

Tan diferente apreciación de las cosas humanas es antiquísima, y viene continuándose hasta el día á través de las generaciones.

Agrúpanse á un lado los altruistas amantes de la humanidad, los que confían en el

poder soberano de la idea, en la eficacia indestructible de la ciencia y en la bondad ingénita del hombre.

Forman en el otro los obtusos que se llaman desengañados, los egoístas que persiguen fines utilitarios, los que quieren retrotraer la vida de la sociedad á una época de ominoso recuerdo y los que niegan la bondad del hombre para erigirse en sus dominadores.

Los unos oponen su libre, despreocupado y desinteresado pensamiento á todos los errores; desafían todos los poderes sostenedores del mal, y sucumben al fin en la miseria ó en el martirio, afirmando heroicamente su fe.

Los otros detentan la riqueza pública, se enseñorean de los Estados, legislan según su conveniencia, tiranizan á aquellos mismos que despojan y afectan un estúpido desprecio hacia sus víctimas.

Entre esas agrupaciones tan distintas hay una multitud de gente sin filiación intelectual, que tiene afinidades ó simpatías con una ú otra, según sus preocupaciones é intereses y según las circunstancias, y forma lo que en la fraseología política corriente se denomina la masa neutral, siendo casi siempre una rémora insuperable, y en ocasiones el aluvión que, en los grandes días de la historia, resuelve por la violencia los problemas trascendentales que exigen solución rápida é inmediata, como cuestión de vida ó muerte.

A esa masa neutra hay, pues, que dedicar las grandes verdades, como quien dirige potente foco de luz eléctrica á tenebroso antro, á fin de iluminar las inteligencias, determinar las voluntades y suscitar las poderosas y salvadoras energías.

El derecho, según definición oficial, «es colección de preceptos y reglas á que están sometidos todos los hombres en toda sociedad civil, y á cuya observancia pueden ser compelidos por la fuerza»; y también «facultad de hacer y exigir todo aquello que la ley ó la autoridad establece en nuestro favor».

La ley, según la misma fuente oficial, «es precepto dictado por la suprema autoridad, en que se manda ó prohíbe una cosa en consonancia con la justicia y para el bien de los gobernados».

Sobre esas teorías descansan nuestras instituciones jurídicas, vigentes hoy, aunque dictadas por aquellos romanos que dominaron el mundo.

A pesar de tan terminantes definiciones teóricas, ¿qué tal será su práctica cuando Balmes ha escrito lo siguiente!:

«Decir que toda ley, por sólo ser formada, es ley obligatoria, es arruinar los fundamentos de la moral, es contradecir el sentido común, es borrar la historia, es mentir á la humanidad, es proclamar la tiranía, es legitimar el crimen. ¿Qué otras adulaciones desearon Tiberio y Nerón y cuantos tiranos han devastado la faz de la tierra? Esto no es fortalecer la autoridad pública; es matarla.

»Cuando las leyes son injustas no obligan en el fuero de la conciencia; y las leyes son injustas por uno cualquiera de los motivos siguientes: cuando son contrarias al bien común, cuando no se dirigen á este bien...

»Los seres racionales deben ser gobernados por la razón, no por la voluntad del que manda. La voluntad sin la razón es pasión ó capricho, y el capricho ó la pasión, gobernando, son arbitrariedad ó tiranía.»

Pi y Margall dice:

«Una ley no es más que un juicio, y si es ó no este juicio injusto, sólo mi ley moral es capaz de decirlo. El derecho, por lo tanto, lo mismo que el deber, ó no existe, ó existe dentro de mí mismo.»

Expuesta la coincidencia de ideas de esos dos hombres eminentes, que representan los extremos diametralmente opuestos del pensamiento, y satisfecho de ir en tan ilustre compañía, bien puedo aventurar mi juicio sobre el mismo asunto.

Es imposible que un derecho y un sistema legales, establecidos hace ya muchos siglos por hombres que necesariamente habian de tener ideas diferentes de las nuestras, respondan á las necesidades jurídicas de la época presente.

Admitiendo que la idea de justicia inspirase las decisiones de aquellos legisladores, la diferencia de religión y de costumbres, sus preocupaciones políticas y filosóficas, su ignorancia de las ciencias modernas y otras muchas causas igualmente importantes, convierten la justicia de aquellos remotos tiempos en injusticia presente; su verdad en mentira.

La humanidad se desarrolla, aprende, se perfecciona y no hay legislador que pueda detenerla en su marcha ni erigir en código eterno las ideas propias de una época; los que lo intentan y los conservadores y retrógrados que á tales intentos cooperan, son tiranos que oponen un dique á lo que siempre debió ser libre y mansa corriente. Ellos son responsables de los consiguientes desbordamientos con todas sus deplorables consecuencias, y sobre su memoria maldita ha de caer la sangre de las guerras y de las revoluciones que ocupan el lugar de la paz inalterable en que sin ellos y sin su torpe obra viviría la humanidad.

Valiéndome de una comparación, que si no tiene mérito científico ni literario, en cambio es perfectamente comprensible, digo:

Un código es á la evolución humana como una fotografía instantánea es al movimiento.

Una fotografía de un tren en marcha, salvo algunos detalles accesorios, por ejemplo, actitudes del maquinista, de los viajeros, etc., parecería la de un tren parado. Sólo una serie de fotografías sucesivas en el cinematógrafo dan idea de la realidad.

Ya que no hay medio de que los códigos funcionen como el cinematógrafo, lo mejor es abolirlos todos, porque únicamente realizándose el imposible cinematográfico-legal, es como podría decirse que el derecho y la ley se inspiran en la justicia y en el bien de los gobernados.

Definieron, por ejemplo, los legisladores romanos á su manera el concepto *propiedad*, le dieron carácter legal y establecieron una sanción contra sus conculcadores; y, ¿quién fuera de los propietarios de inteligencia atrofiada, puede reconocer hoy la justicia de la propiedad legal?

Mientras los economistas burgueses, para no fundarme en testimonios de escritores revolucionarios que algún timorato podría recusar como apasionados, sostienen que el legítimo fundamento de la propiedad es el trabajo, vemos al joven derrochador de la alta y media sociedad hecho todo un señor propietario por herencia, en tanto que el anciano arrendatario que hizo fructificar las tierras ó el obrero que consumió su vida en la fábrica, perecen de miseria, legando á sus hijos esa misma miseria y la triste condición de asalariado.

El holgazán triunfa y el trabajador sucumbe. Eso es lo legal; así lo establecen los códigos vigentes. Hoy, lo mismo que en la Edad Media y que en la Antigüedad, el propietario posee *porque sí*, y por razón tan estupenda los ciudadanos de las modernas monarquías constitucionales y los de la treintena de Repúblicas distribuidas por Europa, América y Africa, lo mismo que los vasallos de las antiguas monarquías absolutas, se dividen en detentadores y expoliados de la riqueza pública, sin que ese maldito concepto de la

propiedad haya sufrido variación apreciable en favor de los sistemáticamente despojados á pesar de los trastornos causados por las guerras religiosas y las revoluciones políticas que tanta sangre han vertido en los últimos siglos; y eso que las unas se promovieron por los que aseguran que todos somos hermanos, hijos de Dios y herederos de su gloria, y las otras por los que escribieron las tres famosas palabras «Libertad, Igualdad, Fraternidad», que sirven de ornato inadecuado á todos los edificios públicos de Francia.

Digan lo que quieran las leyes y los legalistas, es de justicia eterna, innegable hasta por el más remoto progreso, que la ciencia, resultado de la observación, del estudio y del pensamiento de todas las generaciones nuestras antecesoras; los medios de producir, aplicación de la ciencia á la producción, y los bienes que la Naturaleza ofrece espontáneamente sin el concurso del trabajo constituyen un patrimonio universal que de derecho pertenece y de hecho pertenecerá por la Revolución á todos los humanos vivientes en una generación.

Toda ley que dé á unos y quite á otros lo que nadie ha creado ó lo que crearon los hombres que nos precedieron, cae de lleno en la calificación de injusta que Balmes aplica á la que no se dirige al bien común y á la que le es contraria; y lo injusto, por constitucional que sea hablando políticamente, y por legal que resulte, no prevalecerá en la sociedad, lo asegura el progreso, que es como la revelación de lo porvenir, opuesta á la falsa revelación religiosa que pretende explicar por una ficción el origen del mundo.

No importa que el escéptico y el místico acojan esta afirmación con sonrisa incrédula ó con gesto indignado; la opinión del escéptico no se cuenta, carece de valor racional; y, en cuanto al místico, puede replicársele que si los libritos santos, como producto de la ignorancia y del extravío mental, fueron ineficaces para la justificación de los hombres, la sociología es ciencia de verdad y de vida que enseña la economía y franquea el paso á la justicia.

Eso sin contar que los trabajadores del día, parias de hecho en la sociedad actual, no son como sus antecesores los esclavos y los siervos que acatan su estado como quien cumple un designio divino, sino que son hombres que tienen un ideal y saben rebelarse.

Por eso el derecho y la ley, justicia falsificada, que han pasado como moneda corriente durante todas las épocas históricas y han prevalecido como principio victorioso sobre todas las revoluciones, sometidas al contraste de la Revolución proletaria que se aproxima, pasarán á la categoría de recuerdo y perderán la maléfica influencia que han ejercido en el curso de la vida de la humanidad.

ANSELMO LORENZO.

CURIOSIDADES

Flores-relojes.—Hay muchas flores que conocida detalladamente la hora en que abren sus pétalos, pudieran servir de reloj.

La salsifí abre sus flores á las cuatro de la mañana. Las crépidas, á las cinco. La escorzonera, á las seis. La nenúfar, á las siete. La achicoria silvestre, á las ocho. La vello-silla, á las nueve. La sabina roja, á las diez. La cabellera de reina, á las once. La mayor parte de las flores al medio día están abiertas.

Se cierran: El clavel prolífero, á la una de la tarde. La pulmonaria, á las dos. La maravilla de los campos, á las tres. La oreja de ratón saboyarda, á las cinco. Diego de noche, se abre á las siete.

Pero he aquí que algunas de estas flores son raras y no se encuentran reunidas todas en ningún jardín, por lo que hacen insustituibles los relojes, que si son menos poéticos que los de las flores son mucho más prácticos.

* * *

Lluvia sin rogativas.—Cada día la ciencia y con ella los inventos hacen inútiles las religiones y sus prácticas vulgares.

En Agosto próximo se harán los ensayos en París de una nueva máquina eléctrica que, bajo la forma de automóvil, estará destinada á hacer llover cuando sea necesario ó se juzgue conveniente. Con una velocidad de 12 á 15 kilómetros por hora podrá recorrer los paseos y las grandes alamedas enviando los raudales de agua bienhechora que embellece á aquéllos y derramando vida al derramar higiene.

Sólo falta que se amplíe más el invento y sirva ella para regar los campos. No es un imposible lo que digo, y con seguridad que se obtendrá tal beneficio fecundizador.

* * *

Origen de algunas flores.—El clavel, el narciso y el asfodelo vienen de Italia.

El tulipán y el mirto, de Asia; el jazmín y la balsamina, de la India.

La vara de José y la hierba doncella, de Madagascar.

Las lilas y las anémonas son originarias de Ceylan.

La hortensia, el azahar y la margarita, de China.

La amapola, de Turquía.

La sensitiva, de América.

El heliotropo, del Perú.

El geranio, de Cop.

La rosa de las cuatro estaciones, de Damasc.

La digital, el exiacanto y el iris, de Francia.

* * *

Interesante para los que no fuman.—Un doctor norteamericano ha publicado una estadística en la cual resulta que durante un período de algunos años, entre los niños que fuman cigarrillos, el 2 por 100 ocupan el sitio de primera fila de los discípulos, y el 57 por 100 ocupan el último lugar. Deduciendo tal doctor que los niños que fuman no tienen desarrolladas las facultades como los que no fuman.

Si de los niños pasamos á los hombres (ó mujeres) que fuman, y deducimos que el fumar es nocivo á la salud y hasta al despertar de la inteligencia, comprenderemos por qué hay tantas acémilas en general entre la orgullosa raza bípeda, indigna en muchas cosas de sus ilustres antepasados el gorila ó el chimpancé.

* * *

A pesca forzada.— En Holanda, de ahora en adelante, no se condenará más á trabajos forzados; la condena será á pesca forzada.

El gobierno neerlandés acaba de decidir que los deportados serán enviados á la Nueva Guinea para emplearlos en las pesquerías de perlas, que constituyen una de las principales industrias de aquella colonia oceánica.

La colonia holandesa cuenta más de doscientos mil habitantes, y entre éstos hay un millar de deportados que en el interior de la isla están ocupados en la limpieza y saneamiento de las calles.

Los deportados servirán, en adelante á lo menos, para enriquecer á sus verdugos.

LA DAMA GRIS